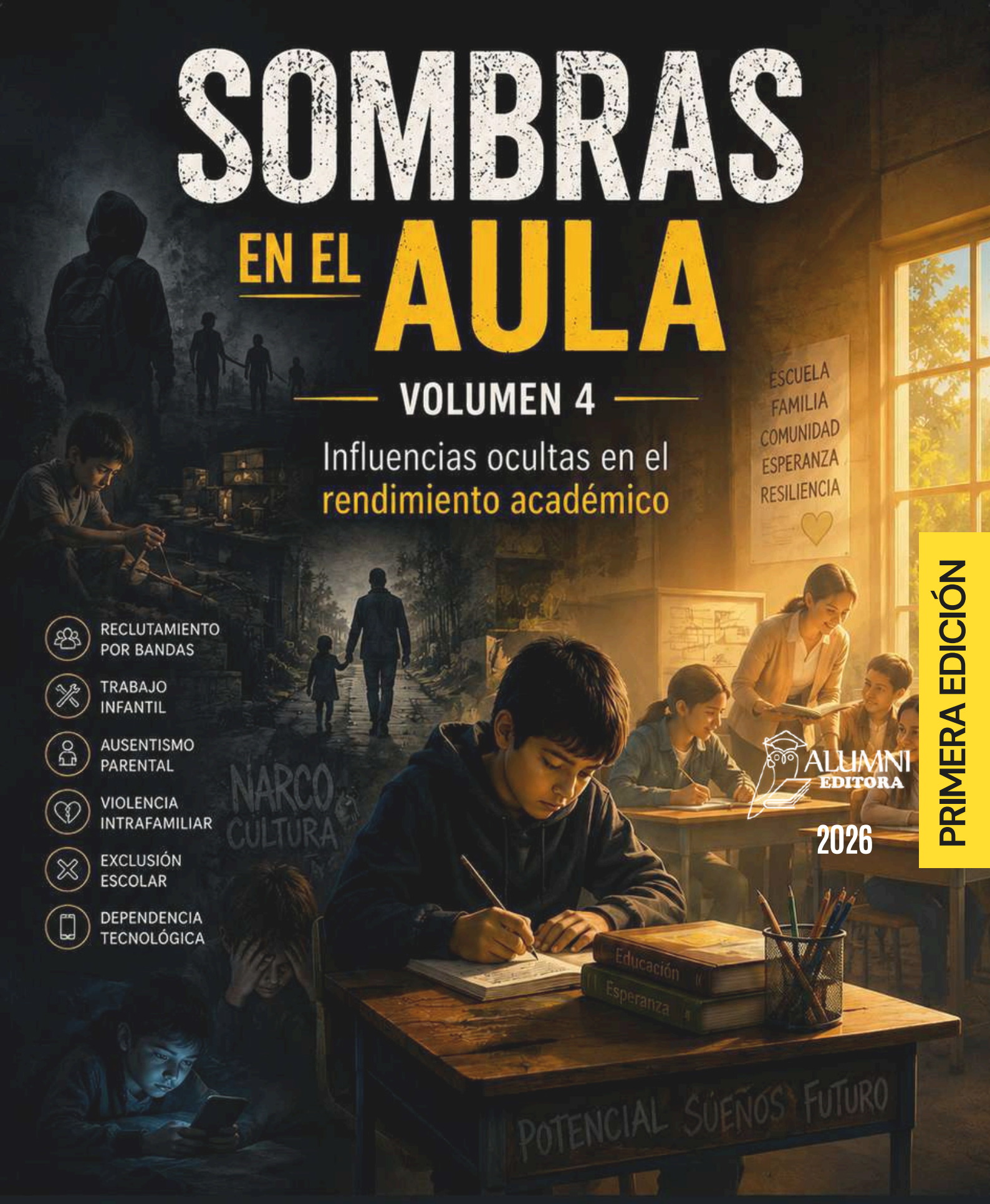
SOMBRAS EN EL AULA

VOLUMEN 4

Influencias ocultas en el rendimiento académico



- RECLUTAMIENTO POR BANDAS
- TRABAJO INFANTIL
- AUSENTISMO PARENTAL
- VIOLENCIA INTRAFAMILIAR
- EXCLUSIÓN ESCOLAR
- DEPENDENCIA TECNOLÓGICA

ALUMNI EDITORA

2026

PRIMERA EDICIÓN

COMPRENDER PARA ACOMPAÑAR, ACOMPAÑAR PARA TRANSFORMAR

ENFOQUE HUMANISTA | SALUD MENTAL Y EMOCIONAL | ESCUELA, FAMILIA Y COMUNIDAD | RESILIENCIA Y ESPERANZA

Sombras en el aula volumen 4

Autores

Diana Lizbeth Verduga Verduga

- Magister en Educación y organización y gestión de centros educativos

https://orcid.org/0000-0002-6694-750X

dianalizbethverduga@gmail.com

Daniel Steven Martínez Alava

- Master en Innovación y gestión Educativa

https://orcid.org/0009-0007-0220-6095

pandadaniel52@gmail.com

Sandra Jimena Ganchozo Castro

- Master en Educación Inicial

https://orcid.org/0009-0009-2013-0826

snena_g88@hotmail.com

Sombras en el aula volumen 4

Autores

Elizabeth Ramona Salvatierra Alcívar

- Master en Educación Básica

https://orcid.org/0009-0005-8989-7225

elizabethsalvatierra50@gmail.com

Isabel Cristina Barberán Silva

- Master en Pedagogía Superior

https://orcid.org/0009-0003-2537-8368

kritybarberan0@gmail.com

Alexi Yaney Guerrero Guerrero

- Master en Educación Básica

https://orcid.org/0009-0000-1123-3019

alexiyaneyguerrero@hotmail.com

Sombras en el aula volumen 4

Autores

Karen Silvana Zambrano Rodríguez

- Master en Educación Básica

https://orcid.org/0009-0007-1961-1572

glkasizaro@hotmail.com

María José Guerrero Guerrero

- Licenciada en Marketing

https://orcid.org/0009-0001-1596-3470

maría.guerrerog1998@gmail.com

María José Bone Batioja

- Licenciada en Ciencias de la Educación

https://orcid.org/0009-0004-7821-0806

majoalbo13@gmail.com

Sombras en el aula volumen 4

Autores

Jimy Leodan Beltrán Lesano

- Licenciado en Ciencias de la Educación

https://orcid.org/0009-0005-5397-2289

bjimyleodan@yahoo.com

Sombras en el aula volumen 4

Catalogación Bibliográfica

Autores

- Diana Lizbeth Verduga Verduga
- Daniel Steven Martínez Alava
- Sandra Jimena Ganchozo Castro
- Elizabeth Ramona Salvatierra Alcívar
- Isabel Cristina Barberán Silva
- Alexi Yaney Guerrero Guerrero
- Karen Silvana Zambrano Rodríguez
- María José Guerrero Guerrero
- María José Bone Batioja
- Jimy Leodan Beltrán Lesano

Título	Sombras en el aula volumen 4
Descriptores	Rendimiento académico, Vulnerabilidad social, Reclutamiento delictivo, Trabajo infantil, Resiliencia educativa
Dewey	371
Thema	JNFK
Publicación	Junio 2026
Edición	Primera
ISBN	978-9942-7465-7-3
DOI	https://doi.org/10.70625/alumned/31
Editorial	Alumni Editora
Pais - Ciudad	Ecuador - Atuntaqui
Formato	Adobe Acrobat Reader
Páginas	95

Cámara Ecuatoriana del Libro

Todo el contenido de este libro tiene una licencia de Creative Commons Attribution License. Reconocimiento-No Comercial-No Derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0).

El contenido del texto y sus datos en su forma, corrección y confiabilidad son de exclusiva responsabilidad del autor y no representan necesariamente la posición oficial de Alumni Editora. Se permite descargar la obra y compartirla siempre que se den los créditos al autor, pero sin posibilidad de alterarla de ninguna forma ni utilizarla con fines comerciales.

Sombras en el aula volumen 4

Editor en Jefe

Santiago Andrés Otero, PhD., Alumni Editora, Ecuador

Equipo Editorial

- Óscar Gómez Jiménez, PhD., Universidad Internacional de Valencia (VIU), España
- Shashi Kant Gupta, PhD., Eudoxia Research University, Estados Unidos
- Anabell Fondón Ludeña, PhD., Universidad Rey Juan Carlos, España
- Edwin Ricardo Flores Hernández, PhD., Universidad Salvadoreña Alberto Masferrer, El Salvador
- Gopi Devarajan, PhD., SRM Institute of Science and Technology, India
- Flérida Moreno Alcaraz, PhD., Universidad Autónoma de Sinaloa, México
- J. Suresh Kumar, PhD., St. Joseph University, India
- Mauricio Lima Narváez, PhD., Universidad Técnica del Norte, Ecuador
- Héctor Luis López López , PhD., Universidad Autónoma de Sinaloa, México
- Samuel Helena Tumbula, PhD., Universidad Católica de Angola, Angola
- Carlos Bolivar Sarmiento Chugcho, PhD., Universidad Técnica de Machala, Ecuador
- Savier Fernando Acosta Faneite, PhD., Universidad del Zulia, Venezuela
- Mirian Alexandra Valeriano Meneses, PhD., Instituto Superior Tecnológico Liceo Aduanero, Ecuador
- Sivabalan Settu, PhD., CSE SoCI Vignan University Guntur, India
- Lorena Elizabeth Casanova Imbaquingo, MSc., Instituto Universitario Cotacachi, Ecuador
- Gladys Magdalena Paredes, MSc., Ministerio de Educación, Ecuador
- Henri Emmanuel López Gómez, MSc., Universidad Peruana Los Andes, Perú

ALUMNI EDITORA

El contenido del texto y sus datos en su forma, corrección y confiabilidad son de exclusiva responsabilidad del autor y no representan necesariamente la posición oficial de Alumni Editora. Se permite descargar la obra y compartirla siempre que se den los créditos al autor, pero sin posibilidad de alterarla de ninguna forma ni utilizarla con fines comerciales.

Peer Review Process

Revisión de Pares

Este libro ha sido evaluado mediante un proceso de revisión por pares externos bajo el formato de doble ciego. En consecuencia, la investigación presentada en esta obra cuenta con el respaldo de expertos en la materia, quienes han emitido un juicio imparcial basado en criterios científicos, garantizando así la solidez académica del contenido.

Peer Review

This book has undergone a peer review process by external academics using a double-blind system. Consequently, the research presented in this work has the endorsement of subject matter experts, who have provided an impartial assessment based on scientific criteria, ensuring the academic rigor of the content.



Declaración del Editor

Declaración del Editor

Alumni Editora declara para todos los efectos legales, que:

Esta publicación implica únicamente una cesión temporal de los derechos de autor y de publicación, sin que ello constituya responsabilidad solidaria en la creación de los manuscritos publicados en conformidad con la Ley de Propiedad Intelectual y las normativas legales aplicables.

Autoriza y fomenta que los autores firmen acuerdos con repositorios institucionales con el fin exclusivo de difundir la obra, siempre que se reconozca adecuadamente la autoría y la edición, y que no existan fines comerciales involucrados.

Todos los libros electrónicos publicados son de acceso abierto y, por lo tanto, no se venden en el sitio web de Alumni Editora, ni en plataformas asociadas, de comercio electrónico u otros medios virtuales o físicos, eximiéndose de la transferencia de derechos de autor a los autores.

Todos los miembros del consejo editorial cuentan con el grado académico de cuarto nivel y están vinculados a instituciones de educación superior, conforme a las recomendaciones de las entidades de evaluación académica nacionales e internacionales para la obtención de estándares de calidad editorial.

Alumni Editora no transfiere, comercializa, ni autoriza el uso de los nombres, correos electrónicos u otros datos personales de los autores para fines distintos a la difusión de esta obra.

Declaración del Autor

Declaración del Autor

El autor de la obra declara: 1. No poseer ningún interés comercial que pueda representar un conflicto de interés en relación con el presente documento publicado; 2. Asegura haber participado activamente en la elaboración del manuscrito, específicamente en la concepción del estudio, la obtención de datos y/o su análisis e interpretación; la redacción o revisión del documento para garantizar su relevancia intelectual y la aprobación final del manuscrito antes de su envío; 3. Certifica que el contenido publicado está libre de datos o resultados fraudulentos; 4. Confirma que todas las citas y referencias de datos e interpretaciones de investigaciones previas son correctas; 5. Reconoce haber declarado todas las fuentes de financiamiento recibidas para la investigación; 6. Autoriza la publicación de la obra, que incluye su inclusión en catálogos, asignación de ISBN, DOI, otros índices, diseño visual, portada, maquetación interior, y su posterior difusión según lo dispuesto por Alumni Editora.

Prólogo

Sombras en el aula Vol. 4 analiza las principales problemáticas sociales, emocionales y educativas que afectan actualmente a niños y adolescentes ecuatorianos, mostrando cómo factores como el reclutamiento por bandas delictivas, el trabajo infantil, el ausentismo parental, la violencia intrafamiliar, la exclusión escolar y la dependencia tecnológica están transformando el aula en un espacio marcado por nuevas "sombras" que condicionan el aprendizaje y el desarrollo humano. A través de un enfoque pedagógico, psicológico y social, la obra expones cómo la pobreza, el abandono emocional, la narcocultura y la hiperconectividad vulneran a los estudiantes. Asimismo, profundiza en las consecuencias que estas problemáticas generan en la salud mental, la motivación, la autoestima, la convivencia escolar y la permanencia educativa. A lo largo de los diferentes capítulos se evidencia cómo las experiencias de exclusión, trauma, abandono afectivo y exposición constante a contextos de riesgo afectan no solo el rendimiento académico, sino también el desarrollo integral y los proyectos de vida de niños y adolescentes. Desde una perspectiva humanista, el libro invita a comprender al estudiante dentro de su realidad familiar, social y emocional, reconociendo que muchas de las conductas observadas en el aula constituyen manifestaciones de necesidades no atendidas y contextos adversos que requieren acompañamiento oportuno, mientras reivindica el papel de la escuela, la familia y la comunidad como pilares fundamentales para construir resiliencia, protección y esperanza en medio de una realidad educativa cada vez más compleja.

Tabla de contenido

Tabla de contenido

Introducción 9

Capítulo I: Esquinas peligrosas: el reclutamiento de jóvenes por bandas delictivas 11

¿Por qué ellos? La anatomía de la vulnerabilidad 12

El Pilar Estructural: La Sombra de la Exclusión 12

La trampa de la supervivencia económica 13

El vacío del Estado y la soberanía criminal 13

Un sistema de justicia bajo asedio 14

Epicentros de la exclusión 14

La Fractura Familiar: Del Refugio al Riesgo 14

La normalización de la violencia: Cuando el hogar enseña a agredir 15

El vacío del ausentismo: El reclutamiento como "familia sustituta" 15

La traición del círculo íntimo: El reclutamiento intrafamiliar 16

Hacia una restauración del vínculo 16

El Entorno Escolar: El Doble Filo del Sistema 16

La escuela como punto de captación 17

Las barreras invisibles: El peso de las NEE y la exclusión 17

El docente bajo asedio: Entre la ética y el miedo 18

Hacia una escuela que sane 18

La Dimensión Psicológica: La "Inflexibilidad" y el Trauma 18

La trampa de la inflexibilidad: ¿Por qué el riesgo parece una salida? 19

Las cicatrices del trauma: El peso de lo vivido 19

Neurociencia y Reclutamiento: Una decisión condicionada 20

Salud Mental: La urgencia de la prevención 20

Las Nuevas Tácticas: Algoritmos y Pares 20

El algoritmo de la seducción: Redes sociales y Narco cultura 21

La traición de la amistad: El peso de los pares 21

El papel de la tecnología en la vulnerabilidad 22

Blindar el entorno digital y social 22

El hogar: ¿Refugio o punto de quiebre? 22

La sombra del maltrato: La herida que no se ve 23

Tabla de contenido

El vacío del ausentismo: Cuando el silencio recluta 23
La traición del círculo íntimo: Influencia familiar en el delito 24
Hacia la restauración del vínculo: El desafío docente 24
Las tácticas de las bandas: Entre la seducción y la coacción 24
La seducción: El brillo de lo que el sistema niega 25
La coacción: El peso de la amenaza invisible 25
El papel de los pares y los algoritmos 26
Diferenciación de género: Tácticas con rostro de hombre y mujer 26
El papel de la escuela: El santuario bajo asedio 27
La escuela como punto de captación y mercado 27
Las barreras invisibles: El peso de las NEE y la exclusión escolar 28
El docente bajo presión: Entre el miedo y el vacío institucional 28
Hacia una escuela que sane y proteja 29
Una mirada hacia la esperanza 29
La Escuela como Santuario y Refugio 30
Resiliencia Comunitaria: El Poder de la Unión 30
De la Criminalización a la Justicia Restaurativa 30
Alternativas de Vida: El Arte, el Deporte y el "Skate" 31
Un Compromiso Colectivo 31
Capítulo II: Manos cansadas, pupitres vacíos: el peso del trabajo infantil y juvenil 32
Supervivencia vs el dilema de la pobreza 33
La brecha rural-urbana: Dos mundos, una misma carga 33
Cansancio físico y caídas de energía: El impacto en el cerebro 34
El rol de proveedor: La herencia de la pandemia 34
Hacia una corresponsabilidad real 35
La brecha rural-urbana: Dos mundos, una misma carga 36
El rol de proveedor: La herencia de la pandemia 37
La "Escuela de Doble Filo": Refugio vs. Punto de Captación 38
El Reclutamiento como "Trabajo" en la Cadena de Valor 40
Capítulo III: El vacío del ausentismo: el reclutamiento como “familia sustituta” y el refugio en las sombras digitales 42
La anatomía del abandono emocional: Más allá de la falta física: El vínculo roto 43

Tabla de contenido

El peso de la supervivencia: Jornadas largas y migración 43
El silencio que enferma: La percepción docente 44
La traición del círculo íntimo: El reclutamiento intrafamiliar 45
El aula como termómetro del vacío parental 47
Violencia institucional: El maltrato docente como catalizador de la exclusión 48
El Abuso Sexual Intrafamiliar (ASI) como el silenciamiento del aprendizaje 49
La tecnología como "anestésico" emocional: Un enfoque clínico: Inmadurez neurobiológica y pantallas: La vulnerabilidad del sistema de recompensa 50
Inflexibilidad psicológica: La tecnología como mecanismo de evitación 51
Despersonalización y aislamiento: El preludio de la deserción 52
El Grupo de Delincuencia Organizada (GDO) como "familia sustituta": Seducción, pertenencia y la manipulación del afecto 53
El falso santuario de protección: Seguridad a cambio de lealtad 55
Estatus y poder: La narcocultura como modelo de éxito 56
El rol de los algoritmos y la seducción digital 56
La "movilidad social delictiva" frente al sistema educativo 56
Normalización y erosión de los valores comunitarios 57
La sombra más densa: El reclutamiento intrafamiliar y la traición del círculo íntimo y el papel de los parientes como agentes de captación 57
Hijos como moneda de cambio: La supervivencia ante la deuda 58
Normalización del delito: Crecer en la sombra de lo ilícito 59
El aula como termómetro del vacío parental: La mirada docente frente al pupitre vacío 61
Señales de alerta: Rendimiento, conducta y "objetos rojos" 61
El docente como primer respondiente: Barreras y miedos 62
Capítulo IV: La generación z y las nuevas sombras en el aula 64
La información fragmentada: del Meme a la “Noticia Incidental” 67
La paradoja de la soledad hiperconectada 67
La inteligencia artificial: ¿Aliada o nueva sombra cognitiva? 68
Un consumo de valores e identidad 68
La reconfiguración del saber: El consumo incidental y el valor del meme 69
El malestar estructural: entre la ansiedad y la nomofobia 69
La lógica del consumo y la identidad “cruelty-free” 70
La inteligencia artificial: Atrofia cognitiva y paranoia académica 70

Tabla de contenido

Capítulo V: La escuela como espacio de resistencia y esperanza 72
Reflexión sobre el rol docente en tiempos de crisis social 73
Estrategias de prevención desde la escuela 74
La resiliencia como factor protector del rendimiento académico 76
Referencias 79

Introducción

Hablar hoy de educación en Ecuador ya no significa únicamente hablar de contenidos, calificaciones o metodologías pedagógicas. Significa también mirar de frente una realidad social compleja que ha comenzado a instalarse silenciosamente dentro de las aulas. Detrás de cada pupitre vacío, de cada estudiante agresivo, retraído o desmotivado, existen historias marcadas por la pobreza, la violencia, el abandono emocional, la exclusión y la incertidumbre social. La escuela contemporánea ha dejado de ser una burbuja aislada del contexto para convertirse en el reflejo más sensible de las fracturas que atraviesan a la sociedad.

En los últimos años, Ecuador ha experimentado profundas transformaciones sociales que han impactado directamente en la vida de niños y adolescentes. El incremento de la violencia, el reclutamiento de menores por grupos delictivos, el crecimiento del trabajo infantil, la desintegración familiar, la sobreexposición tecnológica y las nuevas dinámicas digitales han configurado escenarios educativos cada vez más complejos. Estas problemáticas no pertenecen fuera de la escuela; ingresan diariamente a través del miedo, el cansancio emocional, la ansiedad, el ausentismo y las múltiples heridas invisibles que cargan los estudiantes.

Frente a esta realidad, el docente ya no cumple únicamente el rol de transmisor de conocimientos. Hoy se enfrenta al desafío de enseñar en medio de contextos atravesados por el trauma, la vulnerabilidad y la exclusión social. Muchas veces, el aula se convierte en el único espacio seguro que tiene el estudiante, y el maestro para a ser una figura de contención emocional, orientación y esperanza. Sin embargo, esta responsabilidad suele ejercer en medio del miedo, la sobrecarga laboral y la falta de apoyo institucional.

El presente volumen de Sombras en el aula busca reflexionar sobre aquellas problemáticas que están afectando silenciosamente el desarrollo académico, emocional y social de los estudiantes ecuatorianos. A través de un análisis pedagógico, psicológico y social, se abordan fenómenos como el reclutamiento juvenil por bandas delictivas, el trabajo infantil y juvenil, el ausentismo parental, la dependencia tecnológica y las nuevas características de la Generación Z. Más que presentar cifras o teorías aisladas, esta obra pretende

humanizar estas realidades y comprender cómo las “sombras” sociales terminan proyectándose dentro del entorno escolar.

Asimismo, , este libro pretende visibilizar que muchas de las conductas consideradas “problemáticas” dentro del aula son, en realidad, manifestaciones de necesidades emocionales no atendidas, contextos de violencia normalizada y procesos de exclusión social acumulados a lo largo de la vida de los estudiantes. El bajo rendimiento académico, la agresividad, el aislamiento, la apatía o incluso la deserción escolar no pueden analizarse únicamente desde una perspectiva disciplinaria, sino desde una mirada integral que contemple los factores familiares, económicos, psicológicos y culturales que rodean al estudiante.

Es este contexto, la escuela tiene el desafío de reconstruirse no solo como un espacio de aprendizaje académico, sino también como un entorno protector capaz de promover resiliencia, sentido de pertenencia y esperanza. La educación emocional, el acompañamiento docente, la inclusión educativa y el fortalecimiento del vínculo familia-escuela se convierte en herramientas fundamentales para enfrentar las nuevas problemáticas sociales que atraviesan la educación contemporánea.

Este libro no busca señalar culpables, sino general conciencia sobre la necesidad urgente de fortalecer la corresponsabilidad entre escuela, familia, comunidad y Estado. Comprender las heridas que atraviesan nuestros estudiantes es el primer paso para construir espacios educativos más humanos, inclusivos y resilientes. Porque detrás de cada conducta difícil existe una historia que necesita ser escuchada, y detrás de cada estudiante vulnerable aún puede existir una oportunidad para transformar su futuro.

CAPÍTULO I

Esquinas peligrosas: el reclutamiento de jóvenes por bandas delictivas

ALUMNI EDITORA

Seguramente, al entrar al aula hoy, has notado ese silencio extraño en algunos pupitres o esa mirada esquiva de un estudiante que antes era participativo. Como docentes y profesionales, sabemos que la escuela ya no es una burbuja aislada; por el contrario, se ha convertido en el escenario donde se proyectan las "sombras" más oscuras de nuestra sociedad. Una de estas sombras, quizás la más dolorosa, es la criminalización precoz, un proceso donde nuestros niños y adolescentes dejan de ser estudiantes para convertirse en piezas de una maquinaria delictiva que no les pertenece (Silva y Zúñiga, 2025).

¿Por qué ellos? La anatomía de la vulnerabilidad

A veces nos preguntamos qué lleva a un joven a cambiar los libros por un arma. La respuesta no es simple, pero las investigaciones nos muestran que existe una convergencia de factores que actúan como un imán. No se trata de una "decisión" libre; es una respuesta condicionada por entornos donde la pobreza y la falta de oportunidades han dejado un vacío que las bandas criminales llenan con rapidez (Rugel, 2025).

En Ecuador, este fenómeno refleja fallas estructurales profundas. Se estima que el 60% de los jóvenes en conflicto con la ley provienen de áreas urbanas marginales, concentrándose principalmente en provincias como Guayas, Pichincha y Manabí (Silva y Zúñiga, 2025). Cuando un adolescente siente que el sistema le niega el éxito económico o el estatus, las organizaciones delictivas le ofrecen lo que la sociedad parece quitarle: dinero, protección y una estructura de apoyo, aunque sea una basada en el miedo (Carrillo, 2025).

Entender la anatomía de la vulnerabilidad es como intentar desarmar un reloj complejo: no es una sola pieza la que falla, sino que es el engranaje completo el que está diseñado para empujar a los jóvenes hacia el abismo. No podemos ver la entrada de un adolescente a una banda como un acto aislado de "rebeldía"; en realidad, es el resultado de un cóctel de problemas estructurales y emocionales que se han cocinado durante años (Carrillo, 2025).

El Pilar Estructural: La Sombra de la Exclusión

Cuando hablamos de las "esquinas peligrosas", no solo nos referimos a un lugar físico, sino a una compleja red de factores que atrapan a nuestros jóvenes

antes de que tengan la oportunidad de elegir un camino distinto. El pilar estructural es, en esencia, la base de esta sombra; es el conjunto de fallas en el sistema de protección social que convierte la vulnerabilidad en una trayectoria delictiva temprana. No podemos entender el reclutamiento sin mirar primero el mapa de la exclusión en Ecuador, donde la pobreza y la falta de políticas públicas efectivas convergen de manera desproporcionada (Silva y Zúñiga, 2025).

La trampa de la supervivencia económica

La realidad es cruda: la pobreza estructural y la precariedad laboral son los principales aliados del crimen organizado (Loor et al., 2025). Factores como el desempleo, que alcanzó el 4,0% en 2024, y el subempleo, que llega al 20,4%, empujan a las familias a la informalidad (International Rescue Committee, 2024). En provincias críticas como Esmeraldas, la situación es dramática debido a la limitada presencia del Estado, lo que explica por qué para muchos adolescentes el delito empieza a percibirse como un mecanismo de movilidad social o estatus ante la falta de alternativas educativas (Loor et al., 2025). Las organizaciones criminales aprovechan sistemáticamente esta vulnerabilidad socioeconómica para integrar a los menores en sus filas (Vicuña et al., 2025).

El vacío del Estado y la soberanía criminal

Donde el Estado es débil, el crimen organizado avanza para reclamar el territorio y establecer sus propias reglas (Loor et al., 2025). Las organizaciones delictivas han intensificado la criminalización precoz mediante procesos de adoctrinamiento en entornos donde la violencia se normaliza (Vicuña et al., 2025). El reclutamiento se vuelve una oferta difícil de rechazar: se ofrecen incentivos económicos que van desde los 100 hasta los 300 dólares mensuales, sumas atractivas en hogares con necesidades básicas insatisfechas (Silva y Zúñiga, 2025). Lo más preocupante es la sofisticación de esta maquinaria, que incluye las denominadas "escuelas de sicarios" en sectores como Nueva Prosperina, utilizadas para entrenar a jóvenes en actividades delictivas graves (Vicuña et al., 2025).

Un sistema de justicia bajo asedio

A nivel estructural, nuestro sistema penal también enfrenta grietas profundas que afectan los derechos fundamentales de los niños y adolescentes. Existe una brecha enorme entre el marco normativo ideal (centrado en la justicia restaurativa y la rehabilitación) y la práctica cotidiana, que suele priorizar medidas punitivas y el uso excesivo de la privación de libertad (Silva y Zúñiga, 2025). Además, la complicidad institucional y la infiltración del crimen en las fuerzas de seguridad, evidenciada en casos de desapariciones de menores tras detenciones, erosionan la confianza ciudadana y dejan a los jóvenes en un escenario de doble victimización (Vicuña et al., 2025).

Epicentros de la exclusión

Esta sombra estructural se concentra con ferocidad en provincias como Guayas, Pichincha, Manabí y Esmeraldas (Vicuña et al., 2025). Aproximadamente el 60% de los jóvenes en conflicto con la ley provienen de estas áreas urbanas marginales, donde la exclusión social los coloca en una posición de susceptibilidad extrema (Silva-Pallo y Zúñiga-Orozco, 2025). En estos territorios, las escuelas cumplen un doble rol: son el último espacio de protección, pero también se perciben como puntos de riesgo donde las bandas captan nuevos miembros o las utilizan como mercado para la venta de drogas (UNICEF, 2025).

La Fractura Familiar: Del Refugio al Riesgo

Si el pilar estructural es el mapa de la exclusión, la familia es el terreno donde se libra la batalla más íntima por el futuro de nuestros estudiantes. Siempre hemos dicho que el hogar debe ser el "santuario" o el primer agente de socialización, encargado de satisfacer no solo las necesidades biológicas, sino de proporcionar esa gratificación afectiva y emocional que permite al niño madurar (Vera y Alay, 2021). Sin embargo, cuando este núcleo se agrieta por la violencia o el abandono, lo que debería ser un refugio se convierte en un trampolín hacia el riesgo.

La normalización de la violencia: Cuando el hogar enseña a agredir

Uno de los problemas más dolorosos que enfrentamos es que en muchas de nuestras comunidades la violencia se ha vuelto un lenguaje cotidiano. En Ecuador, se estima que uno de cada cuatro niños afirma que los golpes son la reacción "normal" de sus padres ante la desobediencia (UNICEF, 2023). Esta realidad es peligrosa porque el maltrato físico y psicológico daña la autoestima y el autoconcepto, haciendo que el adolescente se sienta indigno de recibir amor y busque esa aceptación en otros lugares (Vera y Alay, 2021).

Lo más preocupante es que este entorno conflictivo forma individuos que, en el futuro, tienden a reproducir la agresión en sus propios círculos sociales (Vega, 2017). Cuando un estudiante crece escuchando que "la letra con sangre entra", aprende que la violencia es un recurso legítimo para obtener influencia o resolver problemas, una lección que las bandas delictivas aprovechan con maestría (UNICEF, 2025; Reyes et al., 2018).

El vacío del ausentismo: El reclutamiento como "familia sustituta"

No siempre la fractura familiar es por agresión directa; a veces, el daño viene del silencio y la ausencia. El ausentismo parental, ya sea por largas jornadas laborales, migración o desinterés, deja al joven en un estado de "abandono emocional" (Verduga et al., 2025; UNICEF, 2025). Casi el 75% de los docentes identifica este ausentismo como un problema recurrente que empuja al estudiante a buscar pertenencia en actividades inadecuadas (Verduga et al., 2025).

Aquí es donde los Grupos de Delincuencia Organizada (GDO) entran en escena. Al no encontrar una figura de autoridad o un vínculo de afecto seguro en casa, el adolescente es seducido por la promesa de protección y lealtad que ofrece la "pandilla", la cual termina funcionando como una familia sustituta (Suárez, 2015; Silva y Zúñiga, 2025). La falta de supervisión parental es, estadísticamente, uno de los factores que más aumenta la probabilidad de que un joven termine involucrado en delitos graves (Palacios y Coveñas, 2019; Silva y Zúñiga, 2025).

La traición del círculo íntimo: El reclutamiento intrafamiliar

Quizás la sombra más difícil de tratar en el aula es cuando el reclutador está dentro de la misma casa. Los estudios actuales muestran que el reclutamiento no siempre es coercitivo; en ocasiones, es el resultado de la influencia de hermanos, primos o tíos que ya pertenecen a una banda (OECO, 2025). En provincias como Esmeraldas, 4 de cada 10 menores encuestados afirmaron tener un familiar vinculado a un grupo criminal (PADF, 2025).

Incluso hemos documentado situaciones donde las familias, asfixiadas por la pobreza extrema, terminan "entregando" a sus hijos a estas redes como una estrategia de supervivencia o para recibir bienes a cambio (UNICEF, 2025). En estos contextos, el delito se normaliza tanto que el paso hacia la delincuencia se percibe como algo natural, especialmente si el joven ha crecido viendo las actividades ilícitas de sus figuras de apego (Mendoza, 2024).

Hacia una restauración del vínculo

Para nosotros como educadores, entender esta fractura es vital. No podemos juzgar al estudiante que muestra conductas antisociales sin antes mirar las cicatrices que trae de casa. El desafío es transformar la escuela en ese espacio de "resiliencia y contención" que el hogar no está logrando ser (Defensoría del Pueblo de Ecuador, 2025). Solo fortaleciendo la comunicación familiar y promoviendo estilos de crianza positivos podremos cerrar la puerta que hoy la violencia tiene abierta de par en par (Romoleroux, 2024).

El Entorno Escolar: El Doble Filo del Sistema

Como docentes, nos gusta pensar en la escuela como un "santuario", un lugar donde el peligro se queda afuera al sonar el timbre. Sin embargo, la cruda realidad que documentamos en nuestras investigaciones nos muestra que el sistema educativo hoy opera como un doble filo: por un lado, es el último bastión de protección para el niño; pero, por otro, puede convertirse en un espacio de riesgo y exclusión que empuja a los estudiantes hacia las "sombras" de la delincuencia (UNICEF, 2025; Silva y Zúñiga, 2025).

La escuela como punto de captación

Es doloroso admitirlo, pero los Grupos de Delincuencia Organizada (GDO) han identificado en los entornos escolares un mercado fértil. El reclutamiento ya no solo ocurre en la calle, sino dentro de los mismos patios y pasillos, a menudo a través de los propios compañeros de clase (UNICEF, 2025). Según las encuestas realizadas a trabajadores sociales y docentes, el 24,2% de los adolescentes vinculados a bandas fueron captados por sus propios pares escolares.

La dinámica es casi invisible: se inicia con el expendio de sustancias ilícitas dentro de la institución y, poco a poco, los jóvenes que comienzan como consumidores o pequeños vendedores terminan siendo absorbidos por la estructura criminal (Mendoza, 2024; UNICEF, 2025). En zonas de alta conflictividad, el asedio es tan directo que se han registrado testimonios de bandas que ingresan armadas a las escuelas para sacar a estudiantes en contra de su voluntad, dejando a las autoridades educativas en un estado de total indefensión (IRC, 2024; UNICEF, 2025).

Las barreras invisibles: El peso de las NEE y la exclusión

Aquí es donde el sistema educativo, muchas veces sin querer, afila el otro lado del cuchillo. Cuando un estudiante presenta Necesidades Educativas Especiales (NEE) o dificultades de aprendizaje, y el sistema responde con evaluaciones homogéneas y una planificación que no respeta sus ritmos individuales, se produce una forma de "exclusión encubierta" (Verduga et al., 2025; Graham y Slee, 2005).

Nuestras investigaciones en Manabí revelan que el 59,83% de los docentes percibe barreras altas para la inclusión, principalmente por la falta de personal especializado y la sobrecarga de estudiantes en el aula (Verduga et al., 2025). Cuando un niño con NEE no recibe el apoyo técnico necesario, se siente frustrado y desmotivado, lo que aumenta el riesgo de deserción escolar. Un joven fuera del sistema es, automáticamente, un joven con un pie en la calle y a merced de quienes le ofrecen un estatus que la escuela le negó (León y Mantuano, 2023; Silva y Zúñiga, 2025).

El docente bajo asedio: Entre la ética y el miedo

No podemos olvidar la soledad del maestro en este proceso. Existe una brecha crítica: solo 3 de cada 10 docentes reportan sentirse preparados para trabajar con la diversidad y detectar riesgos de reclutamiento (Ministerio de Educación, 2023; Verduga et al., 2025). Además, la notable escasez de profesionales en los DECE (Departamentos de Consejería Estudiantil) deja a los maestros sin la red de apoyo necesaria para canalizar casos de vulnerabilidad extrema (Human Rights Watch, 2024; UNICEF, 2025).

Muchos colegas manifiestan sentirse limitados por el actual Código de Ética, que a menudo se interpreta con temor a ser sancionados si intentan abordar situaciones personales de los estudiantes fuera del horario formal (UNICEF, 2025). Esta barrera de comunicación impide la identificación temprana de señales de alerta, como cambios bruscos de comportamiento o la posesión de objetos costosos que el joven no podría costear (UNICEF, 2025). Así, la escuela, que debería ser el lugar donde se detectan las sombras, termina convirtiéndose en el lugar donde estas se ocultan.

Hacia una escuela que sane

A pesar de este panorama, la escuela sigue siendo un referente de lugar seguro y protector en muchos territorios (IRC, 2024). El desafío para nosotros, a través de este cuarto volumen, es proponer la transformación del aula en un espacio de resiliencia y contención emocional. Necesitamos que las instituciones dejen de ser solo centros de transmisión de contenidos y se conviertan en "Aulas que Sanan", donde el acompañamiento socioemocional sea tan importante como el académico (IRC, 2024; Verduga et al., 2025). Solo así cerraremos el paso a las sombras que intentan robarnos a nuestros estudiantes.

La Dimensión Psicológica: La "Inflexibilidad" y el Trauma

Si pudiéramos mirar dentro de la mente de un adolescente que está a punto de cruzar el umbral hacia una banda delictiva, no encontraríamos a un "criminal nato", sino a un ser humano lidiando con una tormenta emocional que no sabe gestionar. En psicología, existe un concepto técnico que explica gran parte de esta vulnerabilidad: la inflexibilidad psicológica. Esta se refiere a un proceso interno donde el joven se queda atrapado en pensamientos, emociones y recuerdos

desagradables que chocan con sus valores, llevándolo a actuar de forma impulsiva para aliviar su malestar inmediato (Romoleroux, 2024; Delgado et al., 2020).

La trampa de la inflexibilidad: ¿Por qué el riesgo parece una salida?

Muchos de nuestros estudiantes experimentan sentimientos profundos de despersonalización y una disminución del interés hacia los demás debido a sus entornos hostiles (Delgado et al., 2020). Cuando un joven tiene una alta inflexibilidad psicológica, es más propenso a caer en trastornos de ansiedad y consumo de sustancias, buscando en las drogas o en la adrenalina del delito un "anestésico" para su dolor emocional (Romoleroux, 2024; Martín, 2024).

Las organizaciones criminales son expertas en detectar esta rigidez emocional. Saben que un adolescente con baja autoestima (quien a menudo se siente indigno de afecto en casa) buscará validación y reconocimiento a cualquier precio (UNICEF, 2025; Vera y Alay, 2021). Al no encontrar lo valioso de su existencia en su entorno escolar o familiar, lo busca en la "lealtad" distorsionada que le ofrece la banda (UNICEF, 2025; Silva y Zúñiga, 2025).

Las cicatrices del trauma: El peso de lo vivido

El trauma no es solo un evento del pasado; es una sombra que altera el desarrollo del cerebro. Las investigaciones nos muestran que las experiencias de Abuso Sexual Intrafamiliar (ASI), el maltrato físico y la negligencia parental dejan huellas profundas que predisponen al joven a conductas antisociales en la adultez (Vera y Alay, 2021; Mendoza, 2024).

Incluso el maltrato que ocurre dentro de la escuela (gracias a gritos, humillaciones o correcciones ofensivas de los docentes) genera miedo extremo y episodios de pánico que bloquean la capacidad de aprendizaje (Verduga et al., 2024; Gallegos et al., 2016). Un niño de apenas 7 años que es humillado en clase puede desarrollar una depresión severa y el deseo de abandonar sus estudios, quedando a merced de quienes le prometen el "respeto" que la escuela le arrebató (Verduga et al., 2024).

Neurociencia y Reclutamiento: Una decisión condicionada

Es un error común pensar que el adolescente "decide libremente" unirse a un Grupo de Delincuencia Organizada (GDO). La ciencia nos dice lo contrario: la corteza prefrontal, responsable del autocontrol y la evaluación de riesgos, no madura completamente hasta los 25 años (UNICEF, 2025; Silva y Zúñiga, 2025). Esto significa que los menores de 18 años tienen una inmadurez biológica que los hace:

- Más sensibles al rechazo social y a la presión de grupo (UNICEF, 2025; Silva y Zúñiga, 2025).
- Menos capaces de prever las consecuencias a largo plazo de sus actos (Silva y Zúñiga, 2025).
- Más impulsivos ante la promesa de dinero rápido o estatus (UNICEF, 2025; Mendoza, 2024).

Las bandas explotan esta vulnerabilidad neurológica, utilizando técnicas de adoctrinamiento y manipulación para generar una "fidelidad forzada" en niños que, por su edad, son incapaces de dar un consentimiento informado (UNICEF, 2025; OECO, 2025).

Salud Mental: La urgencia de la prevención

En Ecuador, la depresión es la principal causa de atención hospitalaria en jóvenes de 10 a 19 años (UNICEF, 2025). Se estima que el 20% de los niños y adolescentes presentan síntomas de depresión o ansiedad, y un alarmante 10% ha considerado el suicidio (International Rescue Committee, 2024). Sin una red de apoyo emocional en la escuela que detecte estas señales de alerta (como el retraimiento o el cambio brusco en la apariencia), estamos dejando que las sombras se lleven a nuestros estudiantes (UNICEF, 2025). Nuestra labor no es solo enseñar matemáticas o lengua; es ser ese factor protector que brinde flexibilidad y esperanza donde hoy solo hay rigidez y trauma.

Las Nuevas Tácticas: Algoritmos y Pares

Si bien hemos analizado los muros de la exclusión y las grietas en el hogar, no podemos cerrar este capítulo sin mirar hacia el lugar donde nuestros jóvenes pasan la mayor parte de su tiempo: el mundo digital y sus redes de amigos. Hoy

en día, la "esquina peligrosa" ya no es solo un lugar físico; es también una notificación en el celular o un comentario en un videojuego. Las bandas criminales han comprendido que para capturar el corazón de un adolescente no siempre necesitan la fuerza, sino la seducción digital y la presión de grupo (PADF, 2025; UNICEF, 2025).

El algoritmo de la seducción: Redes sociales y Narco cultura

El reclutamiento ha experimentado una modernización tecnológica alarmante. Ya no se trata solo de un extraño abordando a un niño fuera de la escuela; ahora, los canales de captación son WhatsApp (31%) y Facebook (27%), seguidos de cerca por plataformas como TikTok e incluso videojuegos en línea (PADF, 2025; Secretaría de Gobernación de México, 2024). A través de estos medios, se difunde y glorifica el narco cultura, presentando un estilo de vida criminal como algo heroico, lleno de lujos, valentía y poder (IRC, 2024; UNICEF, 2025).

Los adolescentes, que están en una etapa de búsqueda de identidad, son bombardeados con mensajes distorsionados, música (narcocorridos) y series que romantizan el crimen organizado (Mendoza, 2024; UNICEF, 2025). En un contexto de pobreza, estas imágenes actúan como un imán, ofreciendo una "vía de movilidad social" que parece más rápida y emocionante que los estudios (Silva y Zúñiga, 2025; Loor et al., 2025).

La traición de la amistad: El peso de los pares

Quizás el dato más impactante de nuestras investigaciones es que el factor de vinculación más potente no es el dinero, sino el sentido de pertenencia. El 33% de los adolescentes vinculados a bandas afirma haber conocido al grupo a través de un amigo cercano. El reclutamiento "voz a voz" es el método predominante, donde jóvenes que ya están dentro de la estructura actúan como intermediarios para convencer a sus compañeros (UNICEF, 2025).

Dentro de las escuelas, esta dinámica es especialmente peligrosa. Se ha documentado que el 24,2% de los adolescentes reclutados fueron captados por sus propios compañeros de clase (UNICEF, 2025). Estos "pares reclutadores" utilizan promesas de apoyo económico, protección frente al bullying o simplemente el estatus de ser "alguien" en el barrio para atraer a otros (UNICEF,

2025; Carrillo, 2025). Es una presión social invisible que ocurre en los recreos, pasillos y grupos de chat, donde el deseo de no ser excluido termina por empujar al joven hacia actividades ilícitas (UNICEF, 2025).

El papel de la tecnología en la vulnerabilidad

Nuestras investigaciones también han señalado que el uso inadecuado y sin supervisión de la tecnología en casa es una puerta abierta para estos riesgos (Verduga et al., 2025). La exposición a mensajes hipersexualizados o violentos influye en la percepción de los adolescentes sobre lo que es "normal" o esperado en su entorno social (Badillo et al., 2020; Verduga et al., 2025).

Los líderes de las bandas monitorean a menores desde edades tempranas en redes sociales, detectando carencias afectivas o económicas para lanzar una oferta personalizada: un "heladito", un par de dólares o la promesa de "ser parte de algo grande" (UNICEF, 2025). Ante la falta de una alfabetización digital familiar, muchos padres no logran identificar estas señales de riesgo hasta que el vínculo con la organización criminal ya es una realidad (García et al., 2020; Verduga et al., 2025).

Blindar el entorno digital y social

Para combatir estas nuevas sombras, no basta con prohibir el celular o vigilar las amistades. Como sociedad y como docentes, debemos ofrecer a las jóvenes alternativas de identidad y pertenencia que compitan con el brillo falso del narco cultura. La escuela debe fortalecer sus redes de participación y generar espacios seguros (deporte, arte, tecnología positiva) que llenen ese vacío emocional que hoy los algoritmos y las malas compañías están explotando (IRC, 2024; UNICEF, 2025). Solo así evitaremos que el próximo "clic" de nuestros estudiantes sea el inicio de una trayectoria sin retorno.

El hogar: ¿Refugio o punto de quiebre?

Si el pilar estructural es el mapa de la exclusión, la familia es el terreno donde se libra la batalla más íntima por el futuro de nuestros estudiantes. Siempre hemos dicho que el hogar debe ser el principal agente de socialización, encargado de satisfacer no solo las necesidades biológicas, sino de proporcionar esa gratificación afectiva y emocional que permite al niño madurar sanamente

(Vera y Alay, 2021). Sin embargo, cuando este núcleo se agrieta por la violencia o el abandono, lo que debería ser un refugio se convierte en un punto de quiebre que expone a los jóvenes a riesgos extremos (UNICEF, 2025).

La sombra del maltrato: La herida que no se ve

El maltrato familiar no solo se limita a los golpes; existe una forma de violencia más silenciosa pero igualmente devastadora: el maltrato psicológico. Actos como el rechazo, la humillación, los insultos y el aislamiento dañan profundamente la autoestima y el autoconcepto del adolescente (Vera y Alay, 2021). Cuando un estudiante se siente "poco deseable" o indigno de amor en su casa, desarrolla una inconformidad con su medio que lo predispone a rechazar las normas sociales y la disciplina familiar (Vera y Alay, 2021).

Lo más preocupante es que este entorno conflictivo forma individuos que, en el futuro, tienden a reproducir la agresión en sus propios círculos (Vera y Alay, 2021). En Ecuador, la normalización del castigo físico como "herramienta educativa" sigue vigente, reforzando la idea de que la violencia es un recurso legítimo para obtener influencia, una lección que los grupos de delincuencia organizada (GDO) aprovechan para reclutar nuevos miembros (UNICEF, 2025, Mendoza, 2024).

El vacío del ausentismo: Cuando el silencio recluta

No siempre la fractura familiar ocurre por agresión directa; a menudo, el daño proviene del silencio y la ausencia. El ausentismo parental, provocado por largas jornadas laborales, la migración o el simple desinterés, deja al joven en un estado de abandono emocional (Verduga et al., 2025, UNICEF, 2025). Investigaciones recientes muestran que el 74,6% de los docentes identifica el ausentismo de los padres como un factor que incide negativamente en el bienestar del estudiante (Verduga et al., 2025).

Este vacío afectivo es el principal catalizador que empuja a los adolescentes a buscar un sentido de pertenencia y protección fuera de casa. Los grupos delictivos actúan como una "familia sustituta", ofreciendo la estructura y el respaldo que el hogar no proporciona (UNICEF, 2025, Silva y Zúñiga, 2025). La falta de supervisión parental aumenta drásticamente la probabilidad de que un

joven termine involucrado en actividades antisociales o delictivas (Silva y Zúñiga, 2025, Mendoza, 2024).

La traición del círculo íntimo: Influencia familiar en el delito

Quizás la "sombra" más densa es cuando el riesgo vive bajo el mismo techo. El reclutamiento no siempre es coercitivo; en muchos casos, es el resultado de la influencia de hermanos, tíos o primos que ya pertenecen a una banda (OECO, 2025). En provincias como Esmeraldas, se ha documentado que 4 de cada 10 menores tienen un familiar vinculado a grupos criminales.

Existen incluso situaciones extremas donde las familias, asfixiadas por la pobreza multidimensional, terminan "entregando" a sus hijos a estas redes como estrategia de supervivencia o para obtener bienes a cambio (UNICEF, 2025). En estos contextos, el delito se percibe como algo natural y cotidiano, especialmente si el joven ha crecido observando las actividades ilícitas de sus figuras de apego (Mendoza Castillo, 2024).

Hacia la restauración del vínculo: El desafío docente

Entender esta fractura es vital para nuestra labor pedagógica. No podemos juzgar la conducta antisocial de un alumno sin mirar primero las cicatrices que trae de su hogar. La escuela debe fortalecer la "trilogía educativa" (padres-docentes-estudiantes) y proponer programas que fomenten la parentalidad positiva y el apego seguro (Romoleroux, 2024, Verduga et al., 2025). El reto es transformar el aula en ese espacio de resiliencia y contención emocional que el hogar, por diversas sombras sociales, no está logrando ser (International Rescue Committee, 2024, Romoleroux, 2024).

Las tácticas de las bandas: Entre la seducción y la coacción

A veces, como educadores, cometemos el error de pensar que el reclutamiento criminal es un evento violento y repentino, como un secuestro en la puerta del colegio. Sin embargo, las investigaciones actuales nos revelan una realidad mucho más sutil y, por lo tanto, más peligrosa. Las organizaciones criminales en Ecuador han perfeccionado una maquinaria de captación que opera

en un péndulo constante entre la seducción de los sueños juveniles y la coacción de sus miedos más profundos (Silva y Zúñiga, 2025; Vicuña et al., 2025).

La seducción: El brillo de lo que el sistema niega

La táctica más efectiva no empieza con un arma, sino con una oferta. En contextos donde la pobreza multidimensional asfixia a las familias, los Grupos de Delincuencia Organizada (GDO) se presentan como una "vía de movilidad social" inmediata (Loor et al., 2025; OECO, 2025).

El señuelo económico: El principal incentivo es el acceso a recursos materiales. Se ofrecen sueldos que oscilan entre los 100 y 300 dólares mensuales por tareas aparentemente sencillas, o pagos de entre 50 y 100 dólares por actos de sicariato (Silva y Zúñiga, 2025). Para un adolescente que ve a sus padres luchar por un plato de comida, esta oferta no solo es atractiva, es una tabla de salvación (UNICEF, 2025).

La narco cultura y el estatus: A través de la música, las series y las redes sociales, se ha glorificado el estilo de vida criminal. El narco es presentado como el "héroe" que salió de la pobreza y ahora posee poder, respeto y joyas (International Rescue Committee, 2024). Las bandas explotan la necesidad de reconocimiento de los jóvenes, ofreciéndoles una identidad y un sentido de pertenencia que muchas veces no encuentran ni en sus hogares desestructurados ni en una escuela que los etiqueta como "problemas" (Mendoza, 2024; Rugel, 2025).

La manipulación del afecto: En muchos casos, la captación empieza con gestos pequeños: un helado, un par de dólares para el recreo o "invitaciones" a fiestas donde el consumo de alcohol y sustancias sirve como puerta de entrada (UNICEF, 2025; Mendoza, 2024). Aquí, la banda llena el vacío emocional dejado por el ausentismo parental, convirtiéndose en una "familia sustituta" que promete protección frente al bullying o la violencia del barrio (UNICEF, 2025; Romoleroux, 2024).

La coacción: El peso de la amenaza invisible

Cuando la seducción no es suficiente, o cuando el joven intenta dar un paso atrás, la banda muestra su verdadero rostro. La coacción es el mecanismo para garantizar la fidelidad forzada y el silencio (UNICEF, 2025).

Amenazas y violencia directa: Muchos adolescentes son forzados a unirse bajo amenaza de muerte propia o de sus familiares (International Rescue Committee, 2024). Una vez dentro, la salida es casi imposible; el intento de desvinculación se paga con represalias letales, lo que genera un estado de terror constante que anula cualquier capacidad de decisión del menor (UNICEF, 2025).

Adoctrinamiento y ritos de paso: Se han documentado procesos de entrenamiento sistemático, incluso en las denominadas "escuelas de sicarios", donde los niños son desensibilizados ante la violencia desde los 10 u 11 años (Silva y Zúñiga, 2025; OECO, 2025). Los ritos de iniciación violentos sirven para romper los vínculos morales previos y sellar una lealtad basada en la sangre y el miedo (Mendoza, 2024; DNews, 2025).

La trampa de la "deuda": A menudo se induce al joven al consumo de drogas para luego obligarlo a venderlas o cometer robos para pagar una deuda inexistente o inflada por la organización (UNICEF, 2025).

El papel de los pares y los algoritmos

Hoy en día, el reclutador ya no es solo el extraño en la esquina. El 33% de los adolescentes afirma haber conocido a la banda a través de un amigo cercano, y el 24.2% fue captado por compañeros de la propia escuela (PADF, 2025; UNICEF, 2025). Este reclutamiento "voz a voz" es letal porque utiliza la confianza y el deseo de aceptación social del adolescente (UNICEF, 2025).

Además, la tecnología ha modernizado la captación. Plataformas como WhatsApp (31%) y Facebook (27%) son los canales más frecuentes donde los líderes monitorean perfiles juveniles para detectar carencias afectivas y lanzar ofertas personalizadas de "dinero fácil" (PADF, 2025; UNICEF, 2025).

Diferenciación de género: Tácticas con rostro de hombre y mujer

La captación no es igual para todos. A los varones se les impone una masculinidad violenta, asignándoles roles operativos como "campaneros", transportistas de droga o sicarios (UNICEF, 2025; Mendoza Castillo, 2024). Por el contrario, las niñas y adolescentes mujeres suelen ser captadas a través de la seducción afectiva por miembros de la banda, lo que a menudo deriva en

explotación sexual, trata de personas o embarazos forzados que actúan como un ancla definitiva al entorno criminal (UNICEF, 2025; Silva y Zúñiga, 2025).

En conclusión, la batalla por nuestros estudiantes se está librando en el terreno de sus necesidades no satisfechas. Las bandas no están "ganando" porque sean más fuertes, sino porque están sabiendo llenar, con métodos perversos, los vacíos de un sistema que ha dejado a los jóvenes en la sombra.

El papel de la escuela: El santuario bajo asedio

Como docentes, nos gusta pensar en la escuela como un "santuario", ese lugar donde el peligro se queda afuera al sonar el timbre y donde cada niño tiene la oportunidad de ser quien quiera ser. Sin embargo, la cruda realidad que documentamos en nuestras investigaciones nos muestra que el sistema educativo hoy opera bajo un doble rol: por un lado, sigue siendo el referente de lugar seguro y protector en muchos territorios; pero, por otro, se ha convertido en un espacio de riesgo, captación y exclusión que, a veces sin quererlo, empuja a los estudiantes hacia las "sombras" de la delincuencia (International Rescue Committee, 2024; UNICEF, 2025).

La escuela como punto de captación y mercado

Es doloroso admitirlo, pero los Grupos de Delincuencia Organizada (GDO) han identificado en los entornos escolares un mercado fértil y un centro de operaciones. El reclutamiento ya no solo ocurre en las esquinas del barrio, sino dentro de los mismos patios y pasillos, a menudo a través de los propios compañeros de clase (UNICEF, 2025; Silva y Zúñiga, 2025). Según encuestas realizadas a personal educativo, el 24,2% de los adolescentes vinculados a bandas fueron captados por sus propios pares escolares (UNICEF, 2025).

La dinámica es casi invisible al principio: se inicia con el expendio de sustancias ilícitas dentro de la institución. Los estudiantes que comienzan como consumidores o pequeños vendedores terminan siendo absorbidos por la estructura criminal, atraídos por la percepción de estatus y poder que la escuela no les brinda (UNICEF, 2025; Mendoza, 2024).

En zonas de alta conflictividad, como Guayas o Manabí, el asedio es tan directo que se han registrado testimonios de bandas que ingresan armadas a las escuelas para sacar a estudiantes en contra de su voluntad, dejando a las

autoridades educativas en un estado de total indefensión (International Rescue Committee, 2024; UNICEF, 2025).

Las barreras invisibles: El peso de las NEE y la exclusión escolar

Aquí es donde el sistema educativo, muchas veces por falta de recursos, se convierte en un factor de riesgo. Cuando un estudiante presenta Necesidades Educativas Especiales (NEE) o dificultades de aprendizaje y el sistema responde con evaluaciones homogéneas y una planificación que no respeta sus ritmos, se produce una "exclusión encubierta" (Graham y Slee, 2005; Verduga et al., 2025).

Nuestras investigaciones revelan que el 59,83% de los docentes percibe barreras altas para la inclusión, principalmente por la falta de personal especializado y la sobrecarga de estudiantes (Verduga et al., 2025). Cuando un niño con NEE no recibe el apoyo técnico necesario, experimenta frustración y baja autoestima, lo que aumenta drásticamente el riesgo de deserción escolar. Un joven fuera del sistema es, automáticamente, un objetivo fácil para quienes le ofrecen un "sentido de pertenencia" que el aula le negó (Silva y Zúñiga, 2025; UNICEF, 2025).

El docente bajo presión: Entre el miedo y el vacío institucional

No podemos olvidar la soledad del maestro en este escenario de asedio. Existe una brecha crítica de formación: el 41,4% de los docentes reporta no sentirse capacitado para reaccionar ante casos de reclutamiento (UNICEF, 2025). A esto se suma una notable escasez de personal en los DECE (Departamentos de Consejería Estudiantil), lo que deja a los maestros sin la red de apoyo necesaria para gestionar casos de vulnerabilidad extrema (Human Rights Watch, 2024; UNICEF, 2025).

Muchos colegas manifiestan sentirse limitados por el actual Código de Ética, que a menudo se interpreta con temor a sanciones si intentan tratar temas personales de los estudiantes (UNICEF, 2025). Esta barrera de comunicación impide la identificación temprana de señales de alerta, como cambios bruscos en el comportamiento o la posesión de objetos costosos que el joven no podría

costear con sus propios medios (UNICEF, 2025). Así, la escuela, que debería ser el lugar donde se detectan las sombras, corre el riesgo de convertirse en el lugar donde estas se ocultan por miedo o negligencia institucional.

Hacia una escuela que sane y proteja

A pesar de este panorama, la escuela sigue ocupando un lugar central en la comunidad: marca la presencia del Estado y brinda seguridad y contención (International Rescue Committee, 2024). El desafío es transformar el aula en un espacio de resiliencia y contención emocional, implementando metodologías como las "Aulas que Sanan", donde el bienestar emocional sea tan importante como el académico (International Rescue Committee, 2024). Para que la escuela vuelva a ser un santuario inexpugnable, se requiere:

- Fortalecer los DECE para asegurar cobertura total y atención psicológica especializada (UNICEF, 2025).
- Extender los horarios escolares con actividades artísticas y deportivas que funcionen como alternativas atractivas frente a las calles peligrosas (UNICEF, 2025).
- Implementar protocolos de emergencia claros y sostenidos entre las instituciones educativas y las fuerzas de seguridad (UNICEF, 2025; Ministerio del Interior, 2023).

Solo fortaleciendo la "trilogía educativa" (padres-docentes-estudiantes) y dotando a la escuela de herramientas técnicas y humanas, podremos cerrar el paso a las bandas que intentan robarnos el futuro de nuestros jóvenes (International Rescue Committee, 2024; Romoleroux, 2024).

Una mirada hacia la esperanza

Para cerrar este primer capítulo, es necesario apartar la vista por un momento de las sombras y enfocarla en las luces que, aunque a veces parecen tenues, están transformando realidades en nuestras comunidades. Una mirada hacia la esperanza no es un ejercicio de optimismo ingenuo; es el reconocimiento de que, frente a la maquinaria del crimen, existe una red de resiliencia humana y comunitaria capaz de arrebatarle el futuro a la violencia (International Rescue Committee, 2024; UNICEF, 2025). Aquí te presento los pilares sobre los cuales estamos construyendo esa esperanza:

La Escuela como Santuario y Refugio

A pesar del asedio, la escuela sigue siendo el referente de lugar seguro y protector más importante en los territorios (International Rescue Committee, 2024). No es solo un edificio donde se imparten clases; es el espacio donde el Estado marca su presencia y donde los docentes se convierten en referentes positivos indispensables para el estudiantado (International Rescue Committee, 2024).

La implementación de metodologías como "Aulas que Sanan" nos permite convertir el salón de clases en un entorno de recuperación emocional, donde el bienestar del niño es tan prioritario como su aprendizaje académico (International Rescue Committee, 2024). Cuando una escuela es firme y sus docentes están motivados y capacitados, la comunidad entera tiene un lugar a donde acudir (International Rescue Committee, 2024).

Resiliencia Comunitaria: El Poder de la Unión

Como decía la líder Dolores Cacuango, somos como los granos de quinua: si estamos solos, el viento nos lleva; pero si estamos unidos en un costal, nada puede hacernos caer (International Rescue Committee, 2024). La esperanza hoy tiene rostro de “mingas barriales”, comités de padres y juntas de agua que fortalecen el tejido social y crean barreras naturales contra el reclutamiento (International Rescue Committee, 2024).

En sectores críticos como Monte Sinaí en Guayaquil, son las estructuras comunitarias organizadas las que facilitan la protección de los más vulnerables (International Rescue Committee, 2024).

Además, el papel de las madres ha sido identificado como un factor protector fundamental, pues su compromiso con la legalidad y la educación de sus hijos es la primera línea de defensa contra la seducción de las bandas (Observatorio Ecuatoriano de Crimen Organizado, 2025).

De la Criminalización a la Justicia Restaurativa

Un gran paso hacia la esperanza es el cambio de paradigma en nuestro sistema de justicia. Estamos dejando atrás el enfoque puramente punitivo para entender que los adolescentes vinculados a bandas son, ante todo, víctimas de un

sistema que falló en protegerlos (Silva y Zúñiga, 2025; UNICEF, 2025). La justicia restaurativa ofrece una ruta humanizadora:

- Procesos directos: Donde el diálogo entre víctima y ofensor busca reparar el daño (Carrillo, 2025).
- Reparación simbólica: Mediante servicios a la comunidad que devuelven al joven el sentido de pertenencia y dignidad (Carrillo, 2025).
- Des estigmatización: Campañas que buscan ver al joven no como una cifra criminal, sino como una persona con sueños y talentos que el Estado debe garantizar (Defensoría del Pueblo de Ecuador, 2025; Ministerio del Interior, 2024).

Alternativas de Vida: El Arte, el Deporte y el "Skate"

La esperanza también se manifiesta en proyectos creativos que llenan los vacíos donde antes nacían los vicios. Iniciativas como "Hijos del Boulevar" en el centro de Quito demuestran que el uso del espacio público para el arte, la lectura y deportes como el skate puede rescatar a los chicos de las garras de la delincuencia (DNews, 2025).

Ofrecer talleres de arte, programas de liderazgo y formación en habilidades técnicas no solo aleja a los jóvenes de las "esquinas peligrosas", sino que les brinda una trayectoria de vida digna y sostenible (UNICEF, 2025; International Rescue Committee, 2024). Estos espacios seguros demuestran que, cuando les damos pinceles o patinetas, los jóvenes eligen crear en lugar de destruir (DNews, 2025).

Un Compromiso Colectivo

La sombra del reclutamiento es extensa, pero no es invencible. La verdadera mirada hacia la esperanza nace de la corresponsabilidad entre el Estado, las familias y nosotros, los educadores (Verduga et al., 2025; UNICEF, 2025). Al fortalecer la "trilogía educativa" y poner a la niñez en el centro de todas nuestras acciones, estamos sembrando un futuro donde ningún niño ecuatoriano tenga que cambiar su mochila por un arma (International Rescue Committee, 2024; Ministerio del Interior, 2024).

CAPÍTULO II

Manos cansadas, pupitres vacíos: el peso del trabajo infantil y juvenil

ALUMNI EDITORA

Si en el capítulo anterior analizábamos las sombras que acechan en las esquinas, en este debemos entrar al aula para observar una ausencia que duele. Seguro has pasado lista y, al pronunciar un nombre, te has encontrado con el silencio de un puesto vacío. A menudo, ese estudiante no está "faltando" por rebeldía; está en un mercado, en una bananera o en una calle, intentando ayudar a su familia a completar para el pan del día. En Ecuador, el trabajo infantil y juvenil no es solo una cifra estadística, es un fenómeno que roba el presente para hipotecar el futuro (Verduga et al., 2024).

Supervivencia vs el dilema de la pobreza

No podemos juzgar a una familia que pone a trabajar a su hijo sin entender primero el contexto de precariedad en el que vive. La realidad en nuestro país es cruda: 4 de cada 10 familias viven en condiciones de pobreza y dependen de actividades informales para generar ingresos (Calderón, 2021). En este escenario, el estudio deja de ser visto como una inversión a largo plazo para convertirse en un lujo inalcanzable frente a la necesidad inmediata de comer.

Las investigaciones señalan que la pobreza multidimensional afecta al 44,2% de nuestros niños y adolescentes, una situación que los empuja directamente al mercado laboral para contribuir al ingreso familiar (INEC, 2023; UNICEF, 2025). De hecho, más de la mitad de los profesionales encuestados consideran que la precariedad económica es el principal factor de riesgo que obliga a los estudiantes a abandonar las aulas (UNICEF, 2025).

La brecha rural-urbana: Dos mundos, una misma carga

El trabajo infantil en Ecuador tiene geografías muy distintas. Los datos del INEC revelan una disparidad alarmante: el 66,8% del trabajo infantil se concentra en las zonas rurales, frente al 33,2% en las zonas urbanas (Calderón, 2021). En el campo: Nuestros estudiantes suelen emplearse en tareas agrícolas, como la recolección de cultivos (incluyendo en zonas fronterizas la recolección de coca) o el cuidado de animales, lo que los aleja por completo de los horarios escolares (UNICEF, 2025).

En la ciudad: La vinculación es distinta, inclinándose hacia el comercio informal, la mendicidad organizada o, en el peor de los casos, actividades ilícitas

como el microtráfico, donde los niños son utilizados como "mensajeros" o "campaneros" (OECO, 2025; UNICEF, 2025).

En ciudades como Quito, se han detectado estructuras criminales que lucran específicamente de la mendicidad y el trabajo infantil, transportando a menores a puntos estratégicos de afluencia para ventas que duran hasta diez horas diarias (OECO, 2025).

Cansancio físico y caídas de energía: El impacto en el cerebro

Como maestros, notamos cuando un niño "está, pero no está". El estudiante que trabaja llega al aula con un nivel de agotamiento físico que anula cualquier posibilidad de aprendizaje significativo. El cansancio crónico afecta directamente la memoria operativa y la capacidad de concentración (Verduga et al., 2025).

A esto debemos sumar el factor nutricional. Un niño que trabaja suele tener hábitos alimenticios deficientes, basados en comida procesada o "chatarra" debido a la falta de tiempo y recursos (Verduga et al., 2025). Esta malnutrición provoca caídas drásticas de energía durante la jornada escolar, generando lo que llamamos un "shock intelectual" donde el alumno se siente incapaz de procesar nuevos contenidos (Verduga et al., 2024; Tejani, 2021). Un cerebro sin energía no puede aprender, y un niño cansado solo desea que el timbre suene para poder descansar o volver a trabajar.

El rol de proveedor: La herencia de la pandemia

La crisis sanitaria del COVID-19 dejó una cicatriz profunda en la estructura familiar ecuatoriana. Muchos hogares perdieron al jefe de familia o sufrieron la pérdida de empleos formales, lo que forzó a los adolescentes a asumir el rol de proveedores económicos (Verduga et al., 2024).

Nuestros registros muestran que un porcentaje considerable de estudiantes abandonó sus estudios para sostener a sus familias tras la muerte de sus padres o por la migración forzada de sus cuidadores (UEPMQ, 2022). Estos jóvenes han tenido que dejar atrás sus intereses personales y sus sueños para responsabilizarse de sus hermanos menores, convirtiéndose en adultos antes de

tiempo en un sistema que no les ofrece redes de apoyo efectivas (Verduga et al., 2024).

Hacia una corresponsabilidad real

El trabajo infantil es considerado una de las peores formas de violencia según los convenios internacionales, ya que entorpece el derecho fundamental a la educación (OIT, 1999; UNICEF, 2025). Como docentes, nuestro reto es identificar estas señales de alerta (asistencia irregular, fatiga extrema, falta de materiales) y activar las rutas de protección sin revictimizar a la familia (UNICEF, 2025).

La escuela no puede sola. Necesitamos políticas públicas que no solo prohíban el trabajo, sino que garanticen que los padres tengan empleos dignos para que sus hijos puedan ser, simplemente, estudiantes (Silva y Zúñiga, 2025; Verduga et al., 2025). Solo así lograremos que esos pupitres vuelvan a llenarse de sueños y no de ausencias.

Esta corresponsabilidad social y educativa exige diseñar entornos que no solo sean académicos, sino flexibles y respetuosos de las diferencias individuales (Vega y López, 2025). No se trata únicamente de adoptar medidas excepcionales para los estudiantes en riesgo, sino de desarrollar un modelo que involucre de forma activa a las familias y autoridades en la construcción de políticas sostenibles (Vega y López, 2025).

Cuando el Estado y la comunidad fallan en proporcionar un entorno de apoyo, el joven queda a merced de grupos delictivos que llenan ese vacío afectivo y material (Vera y Alay, 2021). Por ello, el fortalecimiento del sistema de protección no debe limitarse a la institucionalización, sino a la creación de un sistema de protección comunitario capaz de brindar acompañamiento psicológico y psiquiátrico sostenido (UNICEF, 2025).

Desde el plano legislativo, el reciente Proyecto de Ley para Prevenir y Erradicar el Reclutamiento busca poner a los niños en el centro, tratándolos como sujetos con sueños y talentos, y no como simples cifras (Ministerio del Interior, 2024).

Este enfoque se alinea con la necesidad de una justicia restaurativa que priorice la reparación del daño y la reinserción social sobre la punición (Carrillo, 2025; Silva y Zúñiga, 2025). La escuela, en este contexto, debe transformarse en

un espacio de resiliencia mediante metodologías como las "Aulas que Sanan", donde el bienestar emocional sea el cimiento del aprendizaje (International Rescue Committee, 2024).

Al fortalecer la "trilogía educativa" y asegurar que el sistema educativo no sea un factor de exclusión encubierta para quienes tienen necesidades especiales, estaremos cerrando las puertas a la explotación y devolviendo a nuestros niños el derecho a un futuro digno (Verduga et al., 2025; Vega y López, 2025).

La brecha rural-urbana: Dos mundos, una misma carga

El trabajo infantil en Ecuador tiene geografías muy distintas, pero con un mismo denominador: la exclusión. Datos oficiales revelan una disparidad alarmante: el 66,8% del trabajo infantil se concentra en las zonas rurales, frente al 33,2% en las zonas urbanas (Calderón, 2021; INEC, 2019). Esta brecha se asienta sobre una base de pobreza multidimensional que en el campo alcanza niveles críticos del 67,9%, lo que empuja a las familias a ver en la mano de obra infantil la única vía de supervivencia (International Rescue Committee, 2024; UNICEF, 2025).

En el campo: Los estudiantes suelen emplearse en tareas agrícolas, como la recolección de cultivos (incluyendo en zonas fronterizas la recolección de coca) o el cuidado de animales, lo que los aleja por completo de los horarios y ritmos escolares. Además del esfuerzo físico, estos niños enfrentan barreras geográficas; en las zonas rurales, muchos caminan hasta una hora para llegar a la escuela, y si no encuentran especialidades técnicas que respondan a su realidad, optan por desertar para insertarse definitivamente en el trabajo informal (UNICEF, 2022; Loor et al., 2025). Estos trayectos largos y no supervisados son, a menudo, aprovechados por grupos delictivos para captar a menores en situaciones de vulnerabilidad (UNICEF, 2022).

En la ciudad: La vinculación se inclina hacia el comercio informal, la mendicidad organizada o, en el peor de los casos, actividades ilícitas como el microtráfico, donde los niños son utilizados como "mensajeros" o "campaneros". En los entornos urbanos, los Grupos de Delincuencia Organizada (GDO) aprovechan el estancamiento económico y la precariedad laboral para ofrecer incentivos económicos que reemplazan a las fuentes de ingreso lícitas (OECO, 2025; Vicuña-Pozo et al., 2025). Es una realidad documentada que los jóvenes

son asignados a roles operativos específicos, como la distribución de sustancias en "funditas", convirtiéndose en la fuerza de choque de estructuras criminales sofisticadas (Carrillo, 2025; OECO, 2025).

En ciudades como Quito: Se han detectado estructuras criminales que lucran específicamente de la mendicidad y el trabajo infantil, transportando a menores a puntos estratégicos para ventas que duran hasta diez horas diarias (de 11h00 a 21h00) a cambio de ingresos irrisorios para sus familias.

Estas redes operan con una logística organizada que incluye el traslado de menores desde parroquias rurales hacia el centro de la capital en busetas de tipo escolar, donde son distribuidos bajo vigilancia constante (OECO, 2025). Por este "trabajo", las familias reciben un ingreso diario que oscila apenas entre los 10 y 25 dólares, mientras los menores quedan expuestos a la violencia callejera y a un abandono emocional y académico irreversible (OECO, 2025; UNICEF, 2025).

Esta situación alimenta un ciclo de rezago escolar que se acentúa con la edad; se estima que la tasa de trabajo en adolescentes de 15 a 17 años en hogares pobres es del 29,5%, casi el doble que, en hogares no pobres, lo que evidencia que la necesidad económica es el principal inhibidor del derecho a la educación (INEC, 2023; Verduga et al., 2024).

El rol de proveedor: La herencia de la pandemia

La crisis sanitaria del COVID-19 dejó una cicatriz profunda en la estructura familiar ecuatoriana. Muchos hogares perdieron al jefe de familia o sufrieron la pérdida de empleos formales, lo que forzó a los adolescentes a asumir el rol de proveedores económicos. Esta crisis sumió a las familias en la pobreza extrema, especialmente tras el cierre masivo de empresas y la pérdida de empleos de los jefes de hogar (Verduga et al., 2024).

Nuestros registros muestran que un porcentaje considerable de estudiantes abandonó sus estudios para sostener a sus familias tras el fallecimiento de sus cuidadores o por la migración forzada de estos. Datos locales indican que hasta un 13% de los estudiantes abandonó el sistema educativo específicamente por el fallecimiento de la persona que velaba económicamente por la familia, lo que obligó a las nuevas generaciones a emplearse de forma informal para mantener el hogar en pie (UEPMQ, 2022; Verduga et al., 2024).

Estos jóvenes han tenido que dejar atrás sus intereses personales para responsabilizarse de sus hermanos menores, convirtiéndose en adultos antes de tiempo en un sistema que les ofrece pocas redes de apoyo efectivas. El otorgamiento de tareas de peso, como el cuidado de los hermanos menores, se ha identificado como un factor generador de estrés crónico y una forma de negligencia que vulnera al adolescente (Paz et al., 2015; UNICEF, 2025). Esta responsabilidad recae frecuentemente en los hermanos mayores debido a que los cuidadores sobrevivientes enfrentan jornadas laborales inestables y extensas fuera del hogar, reduciendo la capacidad de supervisión familiar (UNICEF, 2025).

Este retorno a la escuela tras la pandemia ha sido especialmente frustrante para ellos, al notar que sus compañeros avanzan mientras ellos sienten que se han quedado atrás. Este proceso ha provocado un "shock intelectual", donde el estudiante se siente incapaz de procesar nuevos contenidos debido a la falta de conocimientos previos que conviertan su aprendizaje en algo significativo (Verduga et al., 2024).

Además, la brecha generacional en el aula genera un aislamiento social voluntario, pues los jóvenes con rezago escolar notan la marcada diferencia de edad y estatura comparada con sus pares, lo que les desmotiva a compartir los mismos espacios y actividades recreativas (Verduga et al., 2024).

La "Escuela de Doble Filo": Refugio vs. Punto de Captación

Aunque el borrador menciona a la escuela como un espacio de resiliencia, las fuentes advierten que en zonas de alta exclusión (como Guayas, Manabí o Esmeraldas), los centros educativos cumplen un doble rol: son el último espacio de protección, pero también se perciben como puntos de riesgo donde las bandas captan nuevos miembros o utilizan el entorno para la venta de sustancias (UNICEF, 2025; Silva y Zúñiga, 2025). Integrar esta tensión ayudaría a mostrar que el "pupitre vacío" a veces no es solo por ir a trabajar, sino por el miedo a ser reclutado en el trayecto o en la propia institución.

Esta realidad convierte al sistema educativo en un "santuario bajo asedio", donde la criminalización precoz transforma a los estudiantes en piezas de una maquinaria delictiva (International Rescue Committee, 2024; Silva y Zúñiga, 2025). El reclutamiento se ha vuelto una dinámica invisible que ocurre en los

mismos patios y pasillos, gestionada frecuentemente por los propios pares escolares; de hecho, se estima que el 24,2% de los adolescentes vinculados a bandas fueron captados por sus compañeros de clase (UNICEF, 2025; Silva y Zúñiga, 2025).

En provincias con alta conflictividad como Manabí, se han documentado testimonios alarmantes de grupos armados que ingresan a las escuelas para sacar a estudiantes en contra de su voluntad, dejando a las autoridades en un estado de total indefensión (UNICEF, 2024; International Rescue Committee, 2024); incluso, el fenómeno del "pupitre vacío" responde a amenazas directas de muerte; existen casos de alumnos que deben abandonar sus estudios porque están "calientes", término utilizado cuando son buscados por bandas rivales para ser asesinados (UNICEF, 2025).

A este riesgo se suman los trayectos largos y peligrosos entre el hogar y la escuela, especialmente en zonas rurales donde los jóvenes caminan hasta una hora, lo cual facilita el acercamiento y la cooptación forzada por parte de las estructuras criminales (UNICEF, 2022). Por otro lado, el sistema educativo afila el "otro lado del cuchillo" cuando la falta de recursos para atender Necesidades Educativas Especiales (NEE) genera una exclusión encubierta (Graham, 2005; Verduga et al., 2025).

Alrededor del 59,83% de los docentes percibe barreras altas para la inclusión, y cuando un estudiante con NEE no recibe el apoyo técnico necesario, experimenta una desmotivación que acelera su salida de las aulas hacia el control de grupos delictivos que les ofrecen el sentido de pertenencia que la escuela les negó (Verduga et al., 2025; Silva y Zúñiga, 2025).

Finalmente, la labor docente se ve limitada por una brecha crítica de formación y el miedo institucional; el 41,4% de los maestros reporta no sentirse capacitado para reaccionar ante el reclutamiento (UNICEF, 2025). A esto se suma la notable escasez de personal en los Departamentos de Consejería Estudiantil (DECE) y una interpretación rígida del Código de Ética que, por temor a sanciones, frena a los docentes al intentar abordar situaciones personales de riesgo con sus estudiantes (Human Rights Watch, 2024; UNICEF, 2025). De esta forma, la escuela corre el riesgo de ser el lugar donde las sombras se ocultan en lugar de ser el espacio donde se detectan y sanan (UNICEF, 2025; International Rescue Committee, 2024).

El Reclutamiento como "Trabajo" en la Cadena de Valor

Lejos de ser un acto errático, la vinculación de niños y adolescentes al crimen organizado responde a una lógica empresarial donde el Grupo de Delincuencia Organizada (GDO) busca maximizar sus ganancias y eficiencia operativa (Observatorio Ecuatoriano de Crimen Organizado [OECO], 2025; Silva y Zúñiga, 2025). En un contexto donde el estancamiento económico deja a solo el 35% de la población con empleo adecuado, los GDO ofrecen "empleos" que los adolescentes ven como una salida inmediata a la pobreza estructural (OECO, 2025; Loor et al., 2025).

Esta oferta se presenta como un mecanismo de "movilidad social delictiva", con promesas de sueldos que oscilan entre los 100 y 300 dólares mensuales, sumas que resultan irresistibles para jóvenes con necesidades básicas insatisfechas (Silva y Zúñiga, 2025; Loor et al., 2025). Las fuentes detallan roles operativos específicos que los menores desempeñan dentro de esta cadena ilícita:

- Vigías (Campaneros): Actúan como el sistema de alerta temprana de la banda, informando sobre los movimientos de las autoridades o de grupos rivales en el territorio (UNICEF, 2025; Carrillo Vera, 2025).
- Mensajeros: Encargados del transporte estratégico de armas o sustancias ilícitas entre puntos de acopio, aprovechando que su corta edad les permite pasar desapercibidos frente a los controles policiales (UNICEF, 2025; OECO, 2025).
- Distribuidores de "funditas": Es el rol de venta al menudeo, donde los jóvenes comercializan pequeñas dosis de droga incluso dentro de las propias instituciones educativas, convirtiendo el aula en un mercado criminal (Mendoza Castillo, 2024; UNICEF, 2025).
- Fuerza de choque y sicariato: En los niveles más críticos, menores de apenas 12 años son entrenados en las denominadas "escuelas de sicarios" para ejecutar actos violentos, recibiendo pagos de entre 50 y 100 dólares por asesinato (Vicuña et al., 2025; OECO, 2025).

Es vital mencionar que este "trabajo" implica pruebas de lealtad y ritos de iniciación violentos diseñados para romper los vínculos morales previos del adolescente y sellar su fidelidad a la banda mediante la sangre (Mendoza Castillo, 2024; Silva-Pallo y Zúñiga-Orozco, 2025). Una vez dentro de la estructura, la

autonomía del joven desaparece: si el adolescente se rehúsa a cumplir una orden o intenta desvincularse, enfrenta torturas, ejecuciones o represalias severas contra su familia (UNICEF, 2025; Atlatenco et al., 2022).

Casos documentados revelan la existencia de centros de entrenamiento donde los jóvenes que se niegan a cooperar son sometidos a castigos inhumanos e incluso incinerados en crematorios clandestinos, evidenciando que lo que inició como una promesa de bienestar termina siendo una condena de lealtad forzada bajo amenaza de muerte (Verduga et al., 2025; Carrillo, 2025).

CAPÍTULO III

El vacío del ausentismo: el reclutamiento como “familia sustituta” y el refugio en las sombras digitales

ALUMNI EDITORA

La anatomía del abandono emocional: Más allá de la falta física: El vínculo roto

El ausentismo parental no debe entenderse simplemente como un pupitre vacío en las reuniones de padres de familia; es, en su esencia, una fractura en el andamiaje afectivo del estudiante. Como señalan Vera y Alay (2021), la familia es el principal agente de socialización cuya tarea fundamental es proporcionar "gratificación afectiva y emocional". Cuando este vínculo falla, no solo hay una ausencia de supervisión, sino que se produce un "fracaso en proporcionar un entorno evolutivamente apropiado", lo que daña profundamente la autoestima y el autoconcepto del adolescente.

Esta carencia lo deja sintiéndose "indigno de recibir amor" frente a su propia percepción, lo que condiciona su maduración y su capacidad para establecer relaciones futuras saludables. Este vacío se asocia clínicamente a la falta de un "apego seguro", un concepto que Marrone (2022) destaca como la base para que los cuidadores respondan positivamente a las necesidades de apoyo, protección y calidad de cuidado que necesitan los menores.

La ausencia de este anclaje es un factor crítico; investigaciones de UNICEF (2025) revelan que el 89,17% de los niños y adolescentes captados por bandas criminales habían sufrido negligencia previa por parte de sus familias, lo que evidencia que el abandono emocional es un predictor más potente que la pobreza física en sí misma.

Como indica Kantova (2024), la falta de participación parental impide el desarrollo de comportamientos positivos y debilita los lazos que deberían blindar al menor contra las sombras del entorno. Al no encontrar lo valioso de su existencia en su hogar, el estudiante desarrolla una inflexibilidad psicológica que lo vuelve susceptible a la manipulación afectiva de estructuras que le prometen el sentido de pertenencia y reconocimiento que su núcleo familiar dejó vacante.

El peso de la supervivencia: Jornadas largas y migración

La lucha por la subsistencia en una economía precaria es el motor principal del ausentismo parental en el hogar ecuatoriano. Como sostienen Verduga et al. (2025), la urgencia de cubrir las necesidades vitales empuja a los cuidadores a cumplir jornadas laborales extenuantes, lo que anula su capacidad de realizar un seguimiento académico y emocional efectivo del estudiante.

Esta desarticulación no es opcional; se estima que el 83,7% de los padres en sectores vulnerables labora en la informalidad, enfrentando condiciones de inestabilidad y falta de seguridad social que los obligan a permanecer fuera de casa durante gran parte del día, debilitando el vínculo de protección primaria. En zonas rurales o pesqueras, estas tareas suelen ser inestables y de alto riesgo, lo que limita aún más la posibilidad de asistir a las instituciones educativas para dialogar con los docentes o monitorear el progreso de sus hijos.

Este escenario se agrava drásticamente por la fractura que generan los procesos migratorios. Según datos de la Unidad Educativa Prócer Manuel Quiroga, el 13% de los estudiantes con bajo rendimiento ha sufrido el impacto de la migración de sus padres, quienes parten en busca de mejores oportunidades, dejando tras de sí un vacío afectivo y de supervisión que el sistema escolar rara vez logra compensar. Además, otro 13% de los alumnos ha experimentado la pérdida física del jefe de hogar, lo que no solo reduce drásticamente los ingresos, sino que expone al menor a una situación de orfandad funcional donde la guía adulta desaparece por completo.

Una de las consecuencias más invisibilizadas de este fenómeno es la "adultificación" prematura del niño o adolescente. Vera y Alay (2021) advierten que, ante la ausencia de los padres, se suele delegar en el estudiante tareas de gran peso, como el cuidado de hermanos menores o la gestión del hogar, responsabilidades que actúan como un generador de estrés agudo y bloquean su andamiaje cognitivo.

Al no encontrar figuras de autoridad que validen sus metas, el joven desarrolla una percepción de que el estudio es un camino lento frente a la inmediatez de la supervivencia. Como señalan Silva y Zúñiga (2025), este estado de indefensión estructural es el que finalmente coloca al estudiante en el radar de las organizaciones criminales, quienes se presentan como proveedores de los recursos y la seguridad que el hogar, por el peso de la pobreza, no puede garantizar.

El silencio que enferma: La percepción docente

El aula de clases se constituye como el escenario donde el silencio del hogar se manifiesta con mayor crudeza, convirtiéndose en un termómetro que mide la temperatura de la fractura familiar. Según las investigaciones de Verduga et al.

(2025), el 74,6% de los docentes identifica el ausentismo parental como un obstáculo recurrente y crítico que deteriora no solo el aprendizaje, sino también el bienestar emocional de los estudiantes.

Esta falta de acompañamiento es percibida por los educadores como un factor que "asfixia" la motivación del alumno, ya que, al no existir una figura en casa que valide o celebre los logros académicos, el estudiante desarrolla una percepción de irrelevancia hacia su propio esfuerzo escolar. Como sostiene Kantova (2024), la implicación activa de los padres es el motor que fortalece la autoestima y el comportamiento positivo; su ausencia, por el contrario, deja al joven en un estado de vulnerabilidad donde la apatía se convierte en su principal mecanismo de defensa.

La mirada docente revela que las causas de esta desconexión son multidimensionales. El estudio de Verduga et al. (2025) señala que el 66,7% de los profesores atribuye este fenómeno a un desinterés o falta de compromiso actitudinal de los cuidadores, mientras que un 36,5% reconoce que las jornadas laborales extenuantes son la barrera física que impide la presencia familiar.

Esta realidad genera consecuencias tangibles en el comportamiento: el 68,3% de los docentes reporta un rendimiento académico deficiente como efecto directo, y el 66,7% observa un incremento en problemas conductuales y actitudes disruptivas. En este sentido, Hyder y Ghazi (2025) enfatizan que el estilo de crianza y el apoyo en áreas específicas como matemáticas o lectura son predictores de éxito; cuando este apoyo es nulo, el aula se llena de estudiantes que, en palabras de los propios educadores, se sienten "solos y sin rumbo", facilitando que busquen en entornos externos (digitales o delictivos) el reconocimiento que no reciben en su núcleo primario.

La traición del círculo íntimo: El reclutamiento intrafamiliar

Quizás la sombra más difícil de detectar y tratar dentro del aula es aquella donde el reclutador habita bajo el mismo techo que el estudiante. Las investigaciones actuales revelan que el reclutamiento no siempre es un acto de coacción externa; en muchos casos, es el resultado de una influencia directa de parientes cercanos que ya forman parte de la estructura criminal.

Los datos son alarmantes: según la encuesta nacional de la Fundación Panamericana para el Desarrollo (PADF, 2025), en provincias críticas como Esmeraldas, 4 de cada 10 menores encuestados afirmaron tener un familiar vinculado a una banda delictiva. Esta cercanía desdibuja la frontera entre la legalidad y el delito, convirtiendo la actividad criminal en una opción de vida "heredada" o validada por el afecto familiar.

Este fenómeno se sostiene sobre la normalización del delito en el hogar. Cuando un niño crece observando que sus figuras de autoridad (padres, hermanos mayores o tíos) manejan armas, dinero de procedencia dudosa o sustancias ilícitas, lo ilegal deja de ser una transgresión para convertirse en lo cotidiano.

Como señala UNICEF (2025), el 40,76% de los informantes indica que algún miembro de la familia del menor reclutado pertenece a un Grupo de Delincuencia Organizada (GDO), lo que facilita que el adolescente perciba la banda como un espacio natural de acogida y pertenencia. En estos entornos, el sistema de valores se invierte: el éxito se mide por la capacidad de generar ingresos rápidos, y la lealtad a la sangre se utiliza para sellar el compromiso con la organización criminal.

En situaciones de pobreza multidimensional extrema, la traición del vínculo familiar adquiere matices de supervivencia desesperada. Se han documentado casos donde las familias, asfixiadas por las deudas o la falta de recursos básicos, terminan "entregando" a sus hijos a las redes criminales como moneda de cambio o pago de deudas.

Asimismo, existe una tolerancia parental condicionada por la necesidad: algunos cuidadores, aunque conocen los riesgos del reclutamiento, aceptan la actividad delictiva del joven debido a los beneficios económicos que este aporta al hogar, convirtiendo al menor en un proveedor estratégico bajo el riesgo de su propia vida. Esta dinámica anula la función protectora de la familia y deja al estudiante en un estado de orfandad funcional, donde la banda termina por usurpar el rol de "familia sustituta" con el consentimiento tácito del entorno primario.

El aula como termómetro del vacío parental

El aula de clases deja de ser un simple espacio de instrucción para convertirse en un territorio donde se proyectan las sombras del hogar, funcionando como un termómetro que mide la intensidad del abandono emocional.

Como señalan Verduga et al. (2025), el sistema escolar es a menudo el primer lugar donde se detectan las señales de alerta de un vínculo familiar roto; el 74,6% de los docentes identifica el ausentismo parental no como un dato estadístico, sino como una fuerza que "asfixia" la motivación del alumno y lo empuja hacia actividades inadecuadas.

Cuando el estudiante percibe que su esfuerzo es invisible en casa, el aula se llena de una apatía que, según Silva y Zúñiga (2025), precede frecuentemente a la deserción escolar y a la búsqueda de reconocimiento en las filas de la delincuencia. Las señales de este vacío se manifiestan de forma multidimensional. En el plano cognitivo, el rezago escolar actúa como un indicador crítico; investigaciones en Manabí y Esmeraldas revelan que el 35,9% de los estudiantes califica su rendimiento como regular o malo debido a la sobrecarga emocional y la falta de acompañamiento en tareas.

Este bajo desempeño genera un sentimiento de incapacidad que UNICEF (2025) asocia con una baja autoestima, donde el joven, al no encontrar "lo valioso de su existencia" en sus logros académicos, lo busca en la validación distorsionada que ofrecen los pares reclutadores en los pasillos.

Asimismo, Vera y Alay (2021) advierten que el maltrato psicológico en casa se traduce en el aula como una resistencia a la institucionalidad y un desprecio por las normas, donde el estudiante canaliza su frustración mediante agresividad o conductas disruptivas que desafían la autoridad docente.

Finalmente, el aula revela señales materiales que delatan la infiltración de redes criminales en la vida del menor. Los docentes reportan con preocupación la aparición de objetos costosos o cambios bruscos en la apariencia que el estudiante no podría costear por medios lícitos, lo cual constituye una "bandera roja" de reclutamiento temprano.

A esto se suma el impacto biológico del rezago: estudiantes que, al perder años lectivos, regresan al aula con una estatura y edad superior a la de sus pares, lo que genera un aislamiento social voluntario por sentirse fuera de lugar.

Como indica el International Rescue Committee (2024), ante estas "sombras", la escuela debe dejar de ser solo un centro de transmisión de contenidos para transformarse en un espacio de resiliencia y contención emocional, capaz de leer estas señales a tiempo y activar rutas de protección que el hogar, por negligencia o supervivencia, ha dejado vacantes.

Violencia institucional: El maltrato docente como catalizador de la exclusión

Una de las sombras más complejas de abordar en el entorno escolar es la violencia institucional, manifestada a través del maltrato ejercido por los propios educadores hacia sus estudiantes. Investigaciones realizadas por Verduga et al. (2024) revelan que, si bien la mayoría de los docentes promueve un ambiente de respeto, existe un 16% de estudiantes que afirma haber sido víctima de algún tipo de abuso por parte de sus maestros.

Este fenómeno no suele ser físico, sino predominantemente psicológico y verbal, caracterizándose por el uso de gritos, humillaciones públicas y términos ofensivos que no solo deterioran el clima de aula, sino que legitiman la agresión frente a los pares. El impacto de estas conductas es devastador para el sistema cognitivo del menor; el trauma generado por la humillación docente provoca un bloqueo que disminuye drásticamente el rendimiento académico y aumenta el deseo de deserción para evitar el asedio institucional.

Desde una perspectiva clínica y de protección, este tipo de maltrato actúa como un "empujón" hacia las esquinas peligrosas. Como señalan Vera y Alay (2021), cuando el estudiante experimenta rechazo y falta de empatía en el lugar que debería ser su refugio, se profundiza su sentimiento de ser "indigno de afecto", lo que fractura su autoconcepto y lo vuelve vulnerable a la manipulación externa.

En este vacío de autoridad pedagógica sana, los Grupos de Delincuencia Organizada (GDO) encuentran un terreno fértil; mientras la escuela maltrata o invisibiliza, la banda ofrece un falso sentido de "respeto" y reconocimiento social.

De acuerdo con el International Rescue Committee (2024), el maltrato docente anula la función de la escuela como bastión de protección, convirtiéndola en un espacio de riesgo que facilita que el adolescente busque en estructuras criminales la validación y lealtad que el sistema formal le ha negado. Por ello, la

transformación hacia "Aulas que Sanan" es urgente, requiriendo que el docente recupere su rol de referente positivo y mediador emocional para cerrar las grietas por donde se filtran las sombras delictivas.

El Abuso Sexual Intrafamiliar (ASI) como el silenciamiento del aprendizaje

El Abuso Sexual Intrafamiliar (ASI) constituye una de las formas más extremas y traumáticas de violencia contra niños y adolescentes, con consecuencias directas que trascienden el daño físico para convertirse en un bloqueo cognitivo severo. Desde una perspectiva clínica y pedagógica, el ASI no solo lesiona la integridad personal, sino que condiciona toda la trayectoria educativa de la víctima.

Investigaciones de Verduga et al. (2025) señalan que las víctimas de abuso experimentan dinámicas de control y coerción que deterioran gravemente su autoestima, provocando que el estudiante desarrolle sentimientos de miedo, desesperanza y una pérdida de concentración que se refleja de inmediato en un bajo desempeño académico. Un factor crítico en este fenómeno es la formación del vínculo traumático o trauma bonding.

Como explican Rizo et al. (2020) y se ratifica en estudios recientes, la víctima a menudo desarrolla una conexión emocional compleja con su agresor debido a la dependencia económica o afectiva, lo que genera una resistencia a denunciar o separarse del entorno abusivo.

Este conflicto interno consume los recursos emocionales y atencionales del menor, dejando el aprendizaje en un plano irrelevante; para el estudiante, sobrevivir al entorno del hogar se vuelve una tarea tan agotadora que el aula deja de ser un lugar de asimilación para ser solo un espacio de retraimiento o aislamiento social.

El papel de la escuela ante esta sombra es vital pero ambivalente. El sistema educativo suele ser el primer escenario donde se detectan señales de alerta, como el descuido personal, la desmotivación académica y conductas emocionales atípicas. Sin embargo, la efectividad de la intervención depende de la capacidad del personal para activar protocolos de protección que eviten la revictimización y proporcionen un acompañamiento psicológico especializado.

Como sostienen Mitchell et al. (2021), las secuelas del ASI pueden prolongarse incluso hasta la educación superior si no existe una restauración del vínculo de confianza en figuras adultas protectoras. Por ello, la detección temprana en el aula no es solo un deber ético, sino el único camino para romper el ciclo de silencio que hoy mantiene los pupitres de muchas víctimas sumidos en la sombra intelectual.

La tecnología como "anestésico" emocional: Un enfoque clínico: Inmadurez neurobiológica y pantallas: La vulnerabilidad del sistema de recompensa

Desde una perspectiva clínica, la fascinación de los adolescentes por los entornos digitales y las pantallas no es una simple falta de disciplina, sino un fenómeno condicionado por su inmadurez neurobiológica. La ciencia establece que la corteza prefrontal, la región cerebral encargada de funciones críticas como el autocontrol, la evaluación de riesgos y la toma de decisiones plenamente informadas, no completa su desarrollo hasta aproximadamente los 25 años.

Durante la adolescencia, el cerebro experimenta una evolución acelerada caracterizada por una mayor sensibilidad a la aceptación social y una búsqueda constante de sensaciones, pero carece aún del "freno" biológico necesario para regular estos impulsos de forma efectiva. Como señalan Silva y Zúñiga (2025), esta limitación biológica vuelve a los menores de 18 años fisiológicamente más impulsivos y vulnerables a influencias externas que prometen gratificación inmediata.

Esta brecha en el desarrollo es explotada estratégicamente por los sistemas de recompensa de las plataformas digitales. El uso compulsivo de redes sociales y videojuegos dispara niveles de dopamina que generan una satisfacción instantánea, la cual compite de manera desigual con el esfuerzo sostenido, la concentración y la postergación de la recompensa que requiere el aprendizaje académico.

Este proceso se explica mediante el modelo de doble sistema de Steinberg (2010), el cual sostiene que, en la etapa adolescente, los impulsos emocionales y la búsqueda de recompensas superan con creces la capacidad de control cognitivo, facilitando que el joven se refugie en la tecnología como un mecanismo

de compensación ante una baja autoestima o sentimientos de invisibilidad en el hogar.

Finalmente, el impacto clínico de esta vulnerabilidad se agrava por la alteración de los ritmos biológicos básicos. El uso inadecuado de pantallas, especialmente durante la noche, provoca una falta de sueño crónica que deteriora las funciones cognitivas esenciales.

Según investigaciones de la Universidad Indoamericana (2024), la privación de descanso afecta directamente la memoria operativa, la atención sostenida y la capacidad de resolución de problemas, dejando al cerebro sin la energía necesaria para procesar ideas complejas o tomar decisiones acertadas. De este modo, lo que inicia como una distracción digital termina convirtiéndose en un bloqueador del andamiaje cognitivo, sumiendo al estudiante en una sombra intelectual provocada por la falta de un entorno regulado y protector.

Inflexibilidad psicológica: La tecnología como mecanismo de evitación

Desde una perspectiva clínica, la inflexibilidad psicológica se define como un proceso interno de regulación conductual donde el individuo se ve incapacitado para adaptar sus acciones a sus valores y metas personales, debido al conflicto generado por pensamientos, emociones o recuerdos desagradables.

En la etapa adolescente, este fenómeno se manifiesta a través de sentimientos recurrentes de malestar, episodios de despersonalización y una marcada disminución del interés hacia el entorno social y académico. Esta rigidez emocional actúa como un factor de riesgo crítico, situando al joven en una posición de alta susceptibilidad frente al desarrollo de trastornos psicopatológicos, incluyendo los de tipo psico adictivo.

En contextos donde el estudiante enfrenta un hogar fracturado por el ausentismo parental o la violencia, los dispositivos digitales y videojuegos emergen como un "anestésico" emocional (Conversación previa, 449). Este uso compulsivo de la tecnología no es una distracción trivial, sino un mecanismo de evitación experiencial: el joven busca suprimir o escapar de sus realidades internas dolorosas mediante la gratificación inmediata que proporcionan las pantallas.

Sin embargo, este refugio digital es una trampa clínica, ya que, aunque ofrece un alivio temporal, impide que el adolescente desarrolle habilidades de afrontamiento y resiliencia necesarias para su maduración. Investigaciones recientes en el ámbito escolar ecuatoriano advierten que la exposición excesiva a plataformas como TikTok refuerza este ciclo de evitación, incrementando los niveles de ansiedad, depresión y baja autoestima, lo que altera severamente la construcción de la identidad adolescente.

Finalmente, el impacto clínico de la inflexibilidad psicológica facilita que el joven se desconecte de la realidad escolar, percibiendo el aula como un espacio ajeno y carente de sentido. Al estar atrapado en un bucle de despersonalización y evasión digital, el estudiante se vuelve vulnerable a la manipulación de modelos delictivos que encuentra en internet o en sus círculos de pares.

Estos entornos criminales explotan la baja autoestima del joven (quien se siente indigno de afecto en casa) ofreciéndole una validación y lealtad distorsionadas que sustituyen el apoyo familiar inexistente. Por lo tanto, el tratamiento clínico dentro del aula no debe limitarse a la restricción del uso tecnológico, sino a fortalecer la flexibilidad psicológica, permitiendo que el estudiante aprenda a gestionar sus eventos internos difíciles para actuar conforme a sus aspiraciones de vida.

Despersonalización y aislamiento: El preludio de la deserción

Desde un enfoque clínico, el refugio prolongado en las sombras digitales como mecanismo de evitación frente a un hogar ausente deriva frecuentemente en estados de despersonalización y aislamiento social voluntario. La despersonalización se manifiesta como una sensación de extrañeza hacia uno mismo y hacia el entorno, donde el estudiante comienza a percibir la realidad escolar como algo ajeno, distante y carente de sentido emocional.

Según investigaciones de Romoleroux (2024), este fenómeno está íntimamente ligado a la inflexibilidad psicológica, la cual provoca que el adolescente, al no poder gestionar el malestar de su entorno real, se encierre en un bucle virtual que disminuye drásticamente su interés hacia los demás y hacia sus propias metas académicas. Este aislamiento no es solo físico dentro del aula,

sino simbólico: el joven está presente en cuerpo, pero su psique permanece anclada en la gratificación inmediata de la pantalla.

Este estado de retraimiento actúa como una señal de alerta crítica que precede a la deserción escolar. Como advierte el International Rescue Committee (IRC, 2024), el aislamiento y la falta de redes de apoyo emocional en la escuela facilitan que el estudiante pierda el sentido de pertenencia institucional. Cuando el aula deja de ser un espacio de validación, el joven se vuelve invisible para el sistema, lo que aumenta el riesgo de conductas autolesivas o cuadros de depresión severa; se estima que el 20% de los adolescentes en estas condiciones presenta síntomas de ansiedad y un 10% ha considerado el suicidio.

Clínicamente, esta desconexión total con la realidad educativa convierte al estudiante en un "objetivo fácil" para los Grupos de Delincuencia Organizada (GDO), quienes utilizan plataformas como TikTok para ofrecer la pertenencia y el estatus que el joven ya no busca en sus pares escolares ni en sus docentes.

Finalmente, el impacto de este aislamiento digital se agrava en contextos de rezago escolar. De acuerdo con Verduga et al. (2024), cuando un estudiante regresa al aula tras periodos de abandono o fallas académicas motivadas por la adicción tecnológica, experimenta una brecha de edad y estatura respecto a sus compañeros, lo que refuerza el aislamiento social voluntario por sentirse fuera de lugar. Esta suma de factores (despersonalización, inmadurez neurológica y exclusión social) crea una trayectoria de fracaso que termina por expulsar definitivamente al menor del sistema formal.

Por ello, la intervención clínica docente debe enfocarse en la resignificación del vínculo presencial, transformando el aula en un espacio de contención que logre competir con el anestésico digital y recupere la identidad del estudiante antes de que la sombra de la deserción sea irreversible.

El Grupo de Delincuencia Organizada (GDO) como "familia sustituta": Seducción, pertenencia y la manipulación del afecto

El reclutamiento de adolescentes por parte de los Grupos de Delincuencia Organizada (GDO) en Ecuador no siempre se manifiesta a través de la violencia explícita; por el contrario, a menudo comienza con una maquinaria de seducción diseñada para llenar los vacíos emocionales dejados por el ausentismo parental.

Para un joven que experimenta el "abandono emocional" en su hogar, la banda criminal se posiciona estratégicamente como una "familia sustituta" que ofrece el reconocimiento, el afecto y la valoración que no recibe en su núcleo primario. Esta manipulación es particularmente efectiva en adolescentes con baja autoestima, quienes al sentirse invisibles o "indignos de amor" en casa, buscan en la lealtad grupal un propósito que otorgue un sentido distorsionado de valía a su existencia.

Las tácticas de captación suelen ser sutiles y se basan en el uso del "soft power" delictivo. De acuerdo con testimonios docentes, el proceso puede iniciar con gestos aparentemente inofensivos, como la compra de un helado, el regalo de un celular o pequeñas sumas de dinero para necesidades básicas en entornos de pobreza extrema. Estas "dádivas" generan un vínculo de gratitud y dependencia hacia los miembros de la banda, quienes actúan como figuras protectoras frente al abandono del Estado y de la familia.

Como indican Loor et al. (2025), los GDO aprovechan esta vulnerabilidad emocional para presentar el delito no como una transgresión, sino como un mecanismo de movilidad social y estatus, donde el adolescente pasa de ser un excluido social a un miembro respetado dentro de una jerarquía criminal.

Un componente crítico en esta seducción afectiva es la influencia de los pares y el círculo social cercano. Investigaciones de la Fundación Panamericana para el Desarrollo (PADF, 2025) revelan que el 33% de los adolescentes vinculados a bandas afirma haber conocido al grupo a través de un amigo cercano, lo que demuestra que el reclutamiento "voz a voz" es el método más potente de captación.

Dentro de las instituciones educativas, este fenómeno se agrava cuando estudiantes ya reclutados actúan como intermediarios afectivos, ofreciendo protección frente al bullying o pertenencia a una red de "poder". En este escenario, el adolescente no percibe la amenaza delictiva, sino la satisfacción de su necesidad biosocial de pertenencia, cayendo en una trampa de fidelidad forzada donde el afecto se utiliza como moneda de cambio para el cometimiento de actos ilícitos.

El falso santuario de protección: Seguridad a cambio de lealtad

En el complejo ecosistema de las "zonas calientes" de Ecuador, el reclutamiento criminal a menudo se disfraza de una oferta de custodia que el sistema formal no logra garantizar. Como señalan Loor et al. (2025), los Grupos de Delincuencia Organizada (GDO) ocupan los vacíos dejados por un Estado debilitado, presentándose ante los adolescentes no como victimarios, sino como los únicos proveedores de orden y seguridad en sus comunidades.

En territorios donde el control estatal es limitado, las bandas establecen un sistema de "gobernanza paralela" donde la protección es una mercancía que se intercambia por la libertad y la integridad del menor. Para un estudiante que habita en barrios con altos índices de violencia, la banda deja de ser una amenaza externa para convertirse en un "santuario de protección" frente al abandono institucional.

Esta dinámica de captación es particularmente efectiva cuando el aula y el barrio se vuelven entornos hostiles. Investigaciones de Rugel Castillo (2025) revelan que un 9,66% de los adolescentes se integran a estas organizaciones impulsados por la necesidad de defenderse ante el acoso escolar (bullying) o la violencia comunitaria persistente.

Ante la ineficiencia de los protocolos de protección escolar y la desconfianza en las fuerzas de seguridad, cuya corrupción es percibida por el 76% de los jóvenes encuestados, el estudiante encuentra en la banda el respaldo y el respeto que le permiten transitar por su entorno sin miedo a ser agredido. Como indica UNICEF (2025), esta búsqueda de protección y seguridad es el detonante para el 24,2% de los casos de vinculación, donde el adolescente percibe que su afiliación es la única forma de salvaguardar su vida y la de sus seres queridos.

Sin embargo, este refugio es una trampa de fidelidad forzada. Como advierten Silva y Zúñiga (2025), la seguridad ofrecida por los GDO tiene un precio devastador: la lealtad absoluta y el cumplimiento de órdenes que implican la desensibilización ante la violencia. Una vez que el joven acepta la "protección" del grupo, queda atrapado en un vínculo de dependencia donde el miedo a las represalias sustituye al alivio inicial; el intento de desvincularse se percibe como una traición que se paga con la vida o ataques contra la familia.

En este sentido, el Observatorio Ecuatoriano de Crimen Organizado (OECO, 2025) subraya que la banda termina usurpando el rol protector de la familia y el Estado, creando una identidad basada en la lealtad criminal que anula cualquier proyecto de vida alternativo y sumerge al estudiante en una sombra de la que es casi imposible escapar sin una intervención integral.

Estatus y poder: La narcocultura como modelo de éxito

El atractivo de los Grupos de Delincuencia Organizada (GDO) se ve drásticamente potenciado por la narcocultura, la cual es difundida de forma masiva a través de redes sociales como TikTok, Facebook, WhatsApp y YouTube. Estas plataformas proyectan una imagen glorificada del estilo de vida criminal, asociando el delito con el poder, el lujo, el respeto y la virilidad.

De acuerdo con el International Rescue Committee (IRC, 2024), esta cultura ha penetrado incluso en el núcleo familiar, debilitando su rol protector y aumentando el riesgo de que los jóvenes vean en el narcotráfico la única vía viable para mejorar su estatus económico y social frente al abandono del Estado.

El rol de los algoritmos y la seducción digital

Los algoritmos de las redes sociales juegan un papel crítico al moldear la agenda y los intereses de los adolescentes, priorizando a menudo contenidos sensacionalistas que romantizan el mundo delictivo.

Esta "seducción algorítmica" impacta a jóvenes que se encuentran en una etapa vulnerable de búsqueda de identidad, bombardeándolos con mensajes distorsionados a través de la narco música (narcocorridos), series y películas que presentan al delincuente como un "héroe" que logró escapar de la pobreza. Esta estética del poder (representada por motocicletas, joyas, armas y dinero fácil) es internalizada como un referente válido de éxito, legitimando el crimen como un modelo aspiracional.

La "movilidad social delictiva" frente al sistema educativo

En contextos donde la pobreza estructural asfixia las metas de los jóvenes, el GDO se posiciona como una "vía de movilidad social" inmediata que ofrece beneficios que el sistema formal parece negar.

Investigaciones en zonas críticas como Esmeraldas revelan que los estudiantes suelen percibir a los integrantes de las bandas como referentes de éxito en sus comunidades, ya que ostentan recursos materiales que ni la familia ni la escuela pueden garantizar. Para un adolescente que se siente invisible o "indigno de afecto" en casa, la banda le ofrece la promesa de ser "alguien" respetado, llenando su vacío de pertenencia con una lealtad distorsionada.

Normalización y erosión de los valores comunitarios

La sobreexposición a estas narrativas digitales y territoriales ha derivado en una normalización progresiva de la violencia y el delito. Cuando los jóvenes observan que quienes participan en actividades ilícitas son admirados, protegidos o detentan un liderazgo informal en sus barrios, el trabajo lícito y el estudio empiezan a percibirse como caminos lentos, inseguros o carentes de gratificación.

Este fenómeno erosiona la capacidad de las comunidades para generar procesos de resiliencia, creando un estado de "pre-reclutamiento cultural" donde el adolescente adopta el lenguaje, los códigos y la estética de la banda mucho antes de ser captado físicamente.

La sombra más densa: El reclutamiento intrafamiliar y la traición del círculo íntimo y el papel de los parientes como agentes de captación

La sombra más difícil de detectar y tratar dentro del aula es aquella donde el reclutador no es un extraño en una esquina, sino que habita bajo el mismo techo que el estudiante. Investigaciones recientes revelan que la familia, lejos de actuar siempre como un escudo protector, puede convertirse en el punto de contacto inicial para el reclutamiento, instrumentalizando los vínculos de afecto y lealtad para integrar a los menores en estructuras delictivas.

Según datos de la Fundación Panamericana para el Desarrollo (PADF, 2025), en territorios críticos como Esmeraldas, 4 de cada 10 menores encuestados confirmaron tener al menos un familiar directo vinculado a un Grupo de Delincuencia Organizada (GDO), lo que convierte la actividad criminal en una opción de vida validada por el entorno primario; este fenómeno se sostiene sobre la normalización del delito en el hogar. Cuando un niño crece

observando que sus figuras de autoridad (padres, hermanos mayores o tíos) manejan armas, dinero de procedencia dudosa o sustancias ilícitas, lo ilegal deja de percibirse como una transgresión para integrarse en la cotidianeidad del menor.

Testimonios de adolescentes infractores documentados por Carrillo Vera (2025) ilustran esta realidad: jóvenes que admiten haber iniciado su colaboración delictiva a los 11 años simplemente porque "ayudaban a su padre o hermano" en tareas que consideraban trabajos sencillos.

En estos casos, el reclutamiento no es un evento violento y repentino, sino un proceso de maduración en la sombra, donde la lealtad a la "sangre" se transfiere orgánicamente a la banda, sellando un compromiso que el sistema escolar difícilmente puede romper. Clínicamente, esta dinámica anula la función del "apego seguro" y lo sustituye por una lealtad forzada o condicionada por la supervivencia.

Como indica UNICEF (2025), el 40,76% de los informantes señala que el reclutamiento ocurre dentro del círculo familiar, a menudo facilitado por parientes que habilitan el acceso de las estructuras criminales a sus hijos o sobrinos a cambio de beneficios económicos o materiales inmediatos. Esta "adultificación" criminal prematura deja al estudiante en un estado de orfandad funcional, donde el hogar deja de ser un refugio para convertirse en un centro de captación.

Ante esta "traición" del núcleo íntimo, el docente se enfrenta a un desafío mayúsculo: el aula debe competir contra la "verdad" que el estudiante vive en casa, intentando reconstruir una identidad ciudadana en un joven cuyo principal referente de éxito es, trágicamente, el delincuente que lo espera al volver de clases.

Hijos como moneda de cambio: La supervivencia ante la deuda

En contextos de pobreza multidimensional extrema, que en Ecuador afecta al 44,2% de los niños, niñas y adolescentes, la función de santuario del hogar llega a fracturarse bajo el peso de la desesperación económica. Las investigaciones revelan una sombra devastadora: el uso de menores como recursos transaccionales para la supervivencia del núcleo familiar. Se han documentado

situaciones críticas donde las familias, asfixiadas por deudas económicas o falta de recursos básicos, terminan "entregando" a sus hijos a las redes criminales como una estrategia desesperada de subsistencia o como moneda de cambio para el pago de compromisos con los propios grupos delictivos.

En estos casos, el menor deja de ser un sujeto de derechos para convertirse en un activo dentro de una economía ilícita que ofrece la "salvación" material que el Estado ha dejado de proveer. Esta dinámica se alimenta de una tolerancia parental condicionada. De acuerdo con informes de UNICEF (2025), existen padres y cuidadores que, aunque conocen los peligros letales del reclutamiento, aceptan y permiten la actividad delictiva del joven debido a los beneficios económicos inmediatos que este aporta al hogar.

Esta realidad es particularmente frecuente en entornos donde el delito ya está normalizado y donde la carencia es tan profunda que cualquier oferta de dinero rápido (que suele oscilar entre los 100 y 300 dólares mensuales) se percibe como una oportunidad racional frente al hambre. Incluso, en regiones como la Costa, se ha identificado que algunas familias llegan a incentivar directamente a sus hijos a unirse a estas estructuras para aliviar la carga financiera del hogar.

Un componente especialmente desgarrador de este fenómeno es la dimensión de género en la entrega de menores. Se ha reportado que las niñas y adolescentes mujeres corren el riesgo de ser entregadas por sus propios cuidadores como pago de deudas o a cambio de bienes materiales, lo que a menudo deriva en situaciones de explotación sexual, trata de personas o "matrimonios" forzados con miembros de las bandas.

De este modo, la precariedad laboral, donde solo el 35% de la población cuenta con empleo adecuado, empuja a los padres a enviar a sus hijos a trabajar en las calles, exponiéndolos directamente a redes que aprovechan la falta de supervisión para captarlos. Al final del día, el aula recibe a un estudiante que no solo carga con el peso de su aprendizaje, sino con la responsabilidad adulta de ser el proveedor estratégico de un hogar que, para sobrevivir, ha sacrificado su integridad.

Normalización del delito: Crecer en la sombra de lo ilícito

Para una parte significativa de los estudiantes en sectores vulnerables, el ingreso a una estructura criminal no se vive como una ruptura traumática con sus

valores, sino como un proceso de maduración percibido como natural dentro de hogares donde lo ilícito es parte del decorado cotidiano.

Crecer observando a figuras de autoridad (padres, hermanos mayores o tíos) manejando armas, sustancias o dinero de procedencia dudosa provoca que el menor despoje al delito de su carga de transgresión moral para aceptarlo como una norma de vida. En estos contextos, el adolescente no percibe la criminalidad como un peligro externo o una desviación, sino como un modelo de supervivencia y éxito validado por el afecto y la lealtad familiar.

Esta normalización doméstica se traduce en una iniciación alarmantemente precoz. Investigaciones y testimonios indican que muchos jóvenes comienzan su colaboración con bandas entre los 11 y 12 años, realizando tareas que ellos mismos califican como "trabajos sencillos" o "ayudas" a sus parientes, tales como vigilar sectores o entregar mensajes.

Esta dinámica anula el juicio crítico del menor, quien asocia la violencia y el manejo de recursos ilícitos con sensaciones de adrenalina, poder y, sobre todo, con la obtención del estatus que el sistema formal le niega. De esta manera, se consolidan cadenas transgeneracionales de violencia donde el hijo emula el comportamiento del padre infractor, viendo en la banda criminal la única estructura capaz de ofrecerle un propósito de vida inmediato ante la ausencia de referentes lícitos exitosos.

El impacto de esta sombra se ve reforzado por la narcocultura digital, la cual actúa como un potente amplificador de la realidad que el joven vive en casa. A través de series, música y redes sociales, se proyecta una imagen heroica del delincuente que ha vencido al sistema, convirtiendo el lujo y el respeto basado en el miedo en metas aspiracionales legítimas.

Para un estudiante inmerso en esta cosmovisión, el esfuerzo académico empieza a percibirse como un camino "lento" e inútil frente a la inmediatez de la riqueza delictiva. Ante este escenario, el aula se constituye como el último territorio de resistencia; un espacio donde el docente debe trabajar en la deconstrucción de identidades criminalizadas, intentando ofrecer una alternativa de pertenencia que sea más fuerte que la lealtad hacia lo ilícito que el joven ha respirado bajo su propio techo.

El aula como termómetro del vacío parental: La mirada docente frente al pupitre vacío

El aula de clases deja de ser un simple espacio de instrucción para convertirse en un territorio donde se proyectan las sombras del hogar, funcionando como un termómetro que mide la intensidad del abandono emocional. Como señalan Verduga et al. (2025), el sistema escolar es a menudo el primer lugar donde se detectan las señales de alerta de un vínculo familiar roto; el 74,6% de los docentes identifica el ausentismo parental no como un dato estadístico, sino como una fuerza que "asfixia" la motivación del alumno y lo empuja hacia actividades inadecuadas.

Cuando el estudiante percibe que su esfuerzo es invisible en casa, el aula se llena de una apatía que, según Silva y Zúñiga (2025), precede frecuentemente a la deserción escolar y a la búsqueda de reconocimiento en las filas de la delincuencia.

Señales de alerta: Rendimiento, conducta y "objetos rojos"

Las señales de este vacío se manifiestan de forma multidimensional. En el plano cognitivo, el rezago escolar actúa como un indicador crítico; investigaciones en Manabí y Esmeraldas revelan que el 35,9% de los estudiantes califica su rendimiento como regular o malo debido a la sobrecarga emocional y la falta de acompañamiento en tareas.

Este bajo desempeño genera un sentimiento de incapacidad que UNICEF (2025) asocia con una baja autoestima, donde el joven, al no encontrar "lo valioso de su existencia" en sus logros académicos, lo busca en la validación distorsionada que ofrecen los pares reclutadores en los pasillos.

Asimismo, los docentes reportan con preocupación la aparición de objetos costosos o cambios bruscos en la apariencia que el estudiante no podría costear por medios lícitos, lo cual constituye una "bandera roja" de reclutamiento temprano que a menudo pasa desapercibida por la falta de supervisión en el hogar.

El docente como primer respondiente: Barreras y miedos

A pesar de estar en la primera línea de detección, el cuerpo docente enfrenta barreras institucionales y psicológicas significativas. Existe una brecha crítica de formación: el 41,4% de los docentes reporta no sentirse capacitado para reaccionar adecuadamente ante casos de reclutamiento criminal. A esta limitación técnica se suma el factor miedo; muchos educadores manifiestan sentirse limitados por el actual Código de Ética, que a menudo se interpreta con temor a ser sancionados si intentan abordar situaciones personales de los estudiantes fuera del horario formal.

Esta parálisis institucional permite que las sombras se oculten en el aula, convirtiendo a la escuela en un espacio de riesgo donde el 24,2% de los adolescentes vinculados a bandas terminan siendo captados por sus propios compañeros ante la mirada impotente del sistema. Por ello, se vuelve urgente transformar las instituciones en "Aulas que Sanan", dotando al docente de herramientas de contención emocional que permitan cerrar las grietas que la familia y el Estado han dejado abiertas.

El análisis desarrollado en este capítulo permite concluir que el fenómeno de las "Sombras en el Aula" no es una crisis aislada del rendimiento académico, sino la manifestación de una falla estructural en el sistema de protección primaria del estudiante. El ausentismo parental, condicionado por la precariedad económica y la migración, ha dejado de ser una falta física para convertirse en un "abandono emocional" que fractura el autoconcepto del adolescente, dejándolo en un estado de vulnerabilidad absoluta frente a influencias externas.

Como se ha evidenciado, cuando el hogar deja de ser un espacio de "gratificación afectiva", el joven desarrolla una inflexibilidad psicológica que lo empuja a buscar en otros entornos la validación que su núcleo familiar dejó vacante.

En este contexto, la tecnología actúa como un "anestésico" emocional que permite al estudiante evadir su realidad dolorosa, pero que, debido a su inmadurez neurobiológica, lo atrapa en circuitos de recompensa inmediata que anulan su motivación escolar. Esta desconexión digital facilita la labor de los Grupos de Delincuencia Organizada (GDO), quienes operan con una sofisticada maquinaria de seducción afectiva y estatus, posicionándose como una "familia

sustituta" que ofrece la protección y el sentido de pertenencia que ni el hogar ni el Estado han logrado garantizar.

La sombra se vuelve aún más densa cuando el peligro habita bajo el mismo techo, mediante un reclutamiento intrafamiliar que normaliza el delito y utiliza a los menores como moneda de cambio para la supervivencia económica. Los docentes, aunque se encuentran en la primera línea de detección, enfrentan barreras críticas de formación y un clima de miedo institucional que limita su capacidad de respuesta.

Para que la escuela recupere su función de "santuario", es imperativo trascender el enfoque puramente instructivo y transitar hacia la metodología de "Aulas que Sanan", donde se priorice la contención emocional y la reconstrucción de vínculos resilientes. Solo a través de una corresponsabilidad real entre la familia, la escuela y el Estado, será posible cerrar las grietas por donde hoy se filtra la violencia y arrebatarle el futuro de nuestros jóvenes a las sombras delictivas.

CAPÍTULO IV

La generación z y las nuevas sombras en el aula

ALUMNI EDITORA

La denominada “Generación Z” comprende a los jóvenes nacidos aproximadamente entre 1990 y 2010, una generación que ha crecido rodeada de internet, redes sociales y tecnología digital desde edades tempranas. A diferencia de generaciones anteriores, estos adolescentes han convivido desde edades tempranas con internet, teléfonos inteligentes y redes sociales, es decir, no conocieron un mundo desconectado, lo que ha modificado profundamente su manera de aprender, relacionarse y construir su identidad personal (Prensky, 2001). Esta realidad ha provocado cambios profundos en la dinámica educativa, obligando a las instituciones escolares a replantear sus metodologías y estrategias pedagógicas.

Uno de los rasgos más visibles de esta generación es la necesidad de inmediatez y estimulación constante. Los estudiantes actuales consumen información de manera rápida, visual e interactiva, lo que ha modificado sus procesos de atención y concentración. Según Twenge (2018), el uso excesivo de dispositivos digitales y redes sociales ha incrementado problemas relacionados con ansiedad, aislamiento social y dificultades emocionales en adolescentes. Este fenómeno se evidencia diariamente en las aulas, donde muchos estudiantes muestran desmotivación, dispersión o escasa tolerancia a procesos de aprendizaje tradicionales basados únicamente en la memorización.

En el contexto educativo, esta transformación tecnológica representa un desafío importante para los docentes. Area y Adell (2021) sostienen que las nuevas generaciones requieren modelos pedagógicos más flexibles, participativos y conectados con la realidad digital del estudiante. Cuando la enseñanza mantiene estructuras rígidas y poco dinámicas, el alumnado percibe el aprendizaje como algo distante de sus intereses y necesidades cotidianas. Debilitando su motivación académica y sentido de pertenencia institucional.

Otro aspecto relevante de la Generación Z es su fuerte necesidad de reconocimiento social, las redes digitales funcionan como espacios donde los adolescentes buscan aceptación, validación emocional y construcción de identidad personal. Carr (2022) explica que la constante exposición a contenidos digitales y a dinámicas de comparación social puede afectar la autoestima y generar sensación de insuficiencia personal. En adolescentes emocionalmente

vulnerables, esta dependencia de la validación externa incrementa el riesgo de ansiedad, frustración y aislamiento social.

Además, los jóvenes de esta generación han crecido en medio de múltiples crisis sociales y económicas que han afectado profundamente su estabilidad emocional. La pandemia del COVID-19 incrementó problemas de salud mental en adolescentes y jóvenes a nivel mundial. La Organización Mundial de la Salud (OMS, 2022) advierte que los trastornos relacionados con ansiedad y depresión aumentaron considerablemente después del confinamiento, especialmente entre estudiantes que experimentaron aislamiento social prolongado y dificultades familiares o económicas.

Dentro del aula, muchos docentes interpretan las conductas de la Generación Z como apatía o falta de disciplina; sin embargo, detrás de estas actitudes sueles existir necesidades emocionales no atendidas. UNESCO (2023) señala que la educación actual debe priorizar no solo el desarrollo académico, sino también el bienestar emocional y social de los estudiantes. Esto implica que el docente contemporáneo ya no puede limitarse únicamente a transmitir contenidos, sino que debe asumir un rol de acompañamiento, escucha y orientación emocional.

A pesar de las dificultades descritas, la Generación Z también posee importantes fortalezas. Son jóvenes con alta capacidad de adaptación tecnológica, creatividad y acceso inmediato a múltiples fuentes de información. Según Area y Adell (2021), estas habilidades pueden convertirse en herramientas poderosas para el aprendizaje autónomo y colaborativo cuando son correctamente orientadas desde la escuela. El desafío educativo no consiste en rechazar la tecnología, sino en enseñar a utilizarla de forma crítica, ética y productiva.

La transformación de la escuela resulta indispensable. La educación contemporánea necesita metodologías activas, recursos digitales adecuados y espacios emocionalmente seguros donde el estudiante pueda sentirse comprendido y valorado. Comprender a la Generación Z implica reconocer que muchos adolescentes no solo enfrentan dificultades académicas, sino también profundas tensiones emocionales derivadas de una sociedad hiperconectada, acelerada y cada vez más exigentes (Twenge, 2018; OMS, 2022), Solo desde una

educación más humana, flexible e inclusiva será posible responder a las necesidades reales de esta nueva generación.

La información fragmentada: del Meme a la "Noticia Incidental"

Como educadores, no podemos ignorar que la forma en que nuestros jóvenes se informan ha mutado radicalmente. Ya no buscan la noticia; la noticia los encuentra a ellos en un proceso denominado "consumo incidental" (Rosa-Alejandro, 2026). Mientras navegan por TikTok o Instagram buscando evasión, se topan con fragmentos de realidad mediados por algoritmos que personalizan su visión del mundo, limitando a menudo su exposición a perspectivas divergentes.

En este nuevo ecosistema, el meme ha dejado de ser un simple chiste para convertirse en una unidad informativa legítima (Rosa-Alejandro, 2026). Para el estudiante Z, un meme puede condensar una crítica social compleja o servir como puerta de entrada para investigar un tema de actualidad. Sin embargo, esta rapidez informativa tiene un costo: aunque los jóvenes muestran conciencia sobre la desinformación, sus prácticas de verificación esporádicas y depende meramente de su interés temático, lo que nos deja vulnerables ante las noticias falsas.

La paradoja de la soledad hiperconectada

Otra sombra que oscurece el aula es la paradoja de la hiperconexión digital (Gutiérrez, 2023). Nuestros estudiantes están más conectados que nunca, pero reportan niveles de soledad sin precedentes. La comunicación se ha vuelto superficial construida sobre "likes" y filtros, sustituyendo las conversaciones profundas por interacciones efímeras. Esta presión por proyectar una imagen idealizada genera un malestar estructural; se estima que cerca del 42% de los jóvenes Z ha sufrido ansiedad clínica y un 39% síntomas de depresión (Gutiérrez, 2023).

Esta vulnerabilidad emocional se manifiesta también en nuevas fobias como la nomofobia (miedo irracional a estar sin teléfono), lo que altera su ciclo del sueño y su capacidad de atención en clase (Antón Calvo et al., 2026). Para ellos, la salud mental no es un tabú, sino una prioridad absoluta; a diferencia de

generaciones anteriores, ven la terapia como una herramienta normal y necesaria para enfrentar los desafíos de una sociedad que les exige ser siempre “felices” y “exitosos” (Toldos, 2025).

La inteligencia artificial: ¿Aliada o nueva sombra cognitiva?

La interrupción de la Inteligencia Artificial (IA) añade una dimensión de incertidumbre al futuro de nuestros alumnos. Si bien dominan la tecnología, la IA plantea riesgos como la “Atrofia cognitiva” (Montor, 2026). AL delegar la resolución de problemas complejos a herramientas como ChatGPT, los jóvenes corren el riesgo de perder la capacidad de estructurar argumentos largos o tolerar la frustración que conlleva el proceso creativo.

Además, existe una creciente “paranoia académica”; el miedo a ser acusados injustamente de plagio por algoritmos de detección defectuosos genera un clima de desconfianza entre profesor y estudiante que erosiona el vínculo pedagógico (Montoro, 2026). En el plano profesional, la desaparición de los empleos junior debido a la automatización aumenta su ansiedad económica, obligándolos a buscar un desarrollo constante de competencias blandas y un aprendizaje que el sistema tradicional a veces no logra ofrecer.

Un consumo de valores e identidad

Asimismo, debemos entender que, para la Generación Z, el consumo y el trabajo son actos de autoexpresión y compromiso social (Observatorio Gen Z, 2025). No buscan solo una transacción, sino una conexión auténtica con marcas y organizaciones que reflejen sus valores, especialmente en temas como el bienestar animal (“cruelty-free”) y la justicia social. Su lenguaje, cargado de neologismo y códigos propios (como aesthetic, cringe o PEC), es su escudo de identidad y pertenencia frente a un mundo adulto que a menudo no los comprende (Fad Juventud, 2024).

El reto para nosotros en esta escuela doble filo, es convertirnos en guías que validen su sensibilidad, fomenten su pensamiento crítico frente a la IA y las redes, y transformen el aula en ese espacio de resiliencia y conexión humana real que la pantalla no puede sustituir.

La reconfiguración del saber: El consumo incidental y el valor del meme

Como docentes, debemos comprender que la relación de esta generación con la información ha pasado de una búsqueda deliberada a lo que los investigadores denominan “consumo incidental” (Rosa-Alejandro, 2026). Los estudiantes no suelen acudir a los medios tradicionales, sino que la noticia los encuentra de manera fragmentaria mientras navegan por sus redes sociales. Este acceso está mediado por lógicas algorítmicas que personalizan el contenido según sus interacciones previas, lo que puede limitar su exposición a perspectivas divergentes.

En este ecosistema, el meme emerge como una unidad informativa legítima para los jóvenes. Para el estudiante actual, el meme no es solo humor, sino un formato político que condensa sentidos complejos y sirve tanto para la síntesis de eventos como para la crítica social. No obstante, existe una brecha preocupante: aunque muestran conciencia sobre la desinformación, sus prácticas de verificación son esporádicas y dependen meramente de su interés temático (Rosa-Alejandro, 2026).

El malestar estructural: entre la ansiedad y la nomofobia

La salud mental de nuestros estudiantes se encuentra bajo una presión sin precedentes. Investigaciones indican que la Generación Z es casi el doble de propensa que otras generaciones a sufrir trastornos como la ansiedad clínica (42%) y síntomas de depresión (39%) (Gutiérrez, 2023).

Esta vulnerabilidad se enmarca en la paradoja de la hiperconexión digital: están continuamente en contacto, pero de forma superficial y poco duradera. La presión por proyectar imágenes ideales en redes sociales genera comparaciones constantes que afectan su autoestima y capacidad de vinculación real (Gutiérrez, 2023).

A esto se suma la aparición de la nomofobia, definida como el miedo o ansiedad irracional a vivir sin el teléfono móvil; este abuso de los de los dispositivos se asocia directamente con una baja calidad del sueño, lo que repercute negativamente en su rendimiento dentro del aula. Los profesionales advierten que el uso perjudicial de las redes sociales se vincula con indicadores

negativos de bienestar, exigiendo que la escuela fomente la higiene del sueño y la actividad física como factores protectores (Antón Calvo et al., 2026).

La lógica del consumo y la identidad "cruelty-free"

El comportamiento de la Generación Z refleja sus te4nsiones internas entre la emoción y el pragmatismo. Aproximadamente 6 de cada 10 jóvenes compran buscando satisfacción personal, bienestar emocional o una forma de autoexpresión. Sin embargo, la decisión final se rige por la "lógica Z", basada en criterios pragmáticos como la relación calidad. precio y la experiencia de uso previa. Aparece aquí el concepto de "girl maths", una lógica subjetiva donde el ahorro percibido en una oferta justifica realizar una nueva compra (observación Gen Z, 2025).

Aunque existe conciencia sobre problemas como la sostenibilidad, esta no suele ser un criterio decisorio si implica pagar más; no obstante, se evidencia una excepción notable en los productos "cruelty-free"; el bienestar animal despierta una sensibilidad genuina y es valor que sí influye de forma directa en sus decisiones de compra. Para ellos, consumir es una forma de elegir lo que encaja con su identidad y su bolsillo (Observatorio Gen Z, 2025).

La inteligencia artificial: Atrofia cognitiva y paranoia académica

La irrupción de la IA añade una nueva dimensión de incertidumbre al futuro de nuestros alumnos. El acceso inmediato a herramientas que resuelven problemas en segundos puede conducir a una atrofia cognitiva, donde los jóvenes pierden la capacidad de estructurar argumentos largos o investigar fuentes primarias. La IA elimina la fricción necesaria para el aprendizaje, debilitando el desarrollo de vías neuronales para la resolución de problemas difíciles (Montoro, 2026).

Además, se ha instalado una paranoia académica debido a la inexactitud de los sistemas de detección de plagio; los estudiantes viven bajo la ansiedad constante de ser acusados injustamente por algoritmos defectuosos, lo que erosiona el vínculo de confianza entre profesor y alumno. En el plano laboral, la desaparición de los empleos junior debido a la automatización aumenta su

ansiedad económica, ya que se les exige experiencia previa para su puesto que la IA ya está ocupando (Naveda, 2026).

CAPÍTULO V

La escuela como espacio de resistencia y esperanza

ALUMNI EDITORA

Reflexión sobre el rol docente en tiempos de crisis social

Ser docente en la actualidad implica mucho que enseñar contenidos curriculares. En contextos sociales marcados por la violencia, la pobreza, la fragmentación familiar y la incertidumbre emocional, el maestro se ha convertido en una de las figuras no recibe únicamente estudiantes con necesidades académicas; recibe también jóvenes atravesados por el miedo, el abandono, la ansiedad, el cansancio emocional y múltiples heridas invisibles que afectan profundamente su manera de aprender y relacionarse con los demás (UNESCO, 20222; UNICEF, 2025).

En Ecuador, muchos docentes desempeñan su labor en escenarios complejos donde las problemáticas sociales han comenzado a penetrar directamente en el entorno educativo. El incremento de la violencia, el reclutamiento juvenil, el trabajo infantil, la migración familiar y la sobrexplotación digital han transformado las dinámicas escolares, obligando al maestro a asumir responsabilidades que van mucho más allá de la enseñanza tradicional. Hoy, el docente escucha historias de violencia intrafamiliar, detecta señales de depresión, identifica riesgos de exclusión social y, muchas veces, se convierte en el primer adulto capaz de notar que un estudiante necesita ayuda.

Sin embargo, esta enorme responsabilidad suele ejercerse en medio de condiciones laborales difíciles, Muchos maestros enfrentan sobrecarga administrativa, aulas numerosas, falta de recursos especializados y escaso acompañamiento psicológico institucional. A esto se suma el temor constante frente a contextos violentos que afectan incluso la seguridad de las instituciones educativas. En numerosos casos, el docente trabaja emocionalmente agotado, intentando sostener a estudiantes vulnerables mientras también enfrenta sus propias preocupaciones personales y profesionales.

A pesar de ello, la figura del maestro continúa siendo uno de los factores protectores más importantes dentro de la vida estudiantil. Un docente que escucha acompaña, orienta y muestra empatía puede marcar profundamente la trayectoria emocional y académica de un estudiante. Muchas veces, una palabra de aliento, una oportunidad de participación o un gesto de comprensión pueden convertirse en el punto de partida para reconstruir la autoestima de un joven que vive rodeado de rechazo o violencia (CASEL, 2023; UNESCO, 2022).

No obstante, también es importante comprender que el docente no puede asumir solo la responsabilidad de resolver problemáticas estructurales q1ue pertenecen al ámbito social y estatal. La escuela necesita redes de apoyo sólidas, políticas públicas efectivas y equipos interdisciplinarios que permitan atender integralmente las necesidades de los estudiantes. Exigirle al maestro que sea simultáneamente educador, psicólogo, trabajador social y mediador comunitario sin brindarle herramientas suficientes termina generando desgaste emocional y deshumanización profesional.

Frente a esta realidad, resulta urgente fortalecer la formación docente en educación emocional, prevención de riesgos sociales, inclusión educativa y manejo de crisis. La educación contemporánea exige maestros capaces de comprender la complejidad emocional y social de sus estudiantes, pero también sistemas educativos capaces de proteger y acompañar a quienes enseñan. La UNESCO (2022) sostiene que las escuelas del futuro deben priorizar el bienestar emocional, la cooperación y la inclusión como pilares fundamentales del aprendizaje.

En medio de tantas sombras sociales, el docente sigue una figura de esperanza. Aunque muchas veces su trabajo pase desapercibido, su presencia puede convertirse en el refugio emocional que un estudiante necesita para no abandonar sus sueños. Educar hoy significa resistir, acompañar y humanizar en medio de contextos cada vez más difíciles. Porque, incluso cuando el entorno parece derrumbarse, siempre existirá un maestro intentando encender una luz dentro del aula.

Estrategias de prevención desde la escuela

Frente al crecimiento de problemáticas sociales que afectan directamente a niños y adolescentes, la escuela ya no puede limitarse únicamente a transmitir conocimientos académicos. En la actualidad, las instituciones educativas deben convertirse en espacios de prevención, protección y acompañamiento integral capaces de responder a las múltiples vulnerabilidades que atraviesan los estudiantes. La prevención no consiste únicamente en reaccionar cuando el problema ya se ha manifestado, sino en construir entornos escolares seguros, inclusivos y emocionalmente protectores que reduzcan los factores de riesgo

antes de que estos se conviertan en trayectorias de exclusión, violencia o abandono escolar (UNESCO, 2022; OECD, 2023).

Uno de los principales desafíos consiste en fortalecer el acompañamiento socioemocional dentro del aula. Muchos estudiantes llegan a la escuela cargando experiencias de violencia, abandono emocional, ansiedad, pobreza o presión social que afectan significativamente su comportamiento y rendimiento académico. En este contexto, promover habilidades como la empatía, la autorregulación emocional debe dejar de considerarse un complemento y convertirse en un eje transversal dentro de los procesos educativos (Bisquerra, 2023; CASEL, 2023).

Asimismo, resulta fundamentalmente fortalecer la detección temprana de señales de alerta. Cambios bruscos de conducta, aislamiento social, ausencias recurrentes, agotamiento físico, bajo rendimiento repentino, agresividad o la posesión de objetos costosos sin explicación aparente pueden ser indicadores de situaciones de riesgo relacionadas con violencia, trabajo infantil, reclutamiento delictivo o abandono familiar. La prevención efectiva depende, en gran medida, de la capacidad institucional para identificar oportunamente estas señales y activar rutas de protección adecuadas sin estigmatizar al estudiante.

Otro aspecto clave es la construcción de una escuela inclusiva y humanizada. Muchos adolescentes terminan alejándose del sistema educativo porque sienten que la escuela no comprende sus necesidades, ritmos de aprendizaje o contextos personales. La exclusión escolar, especialmente en estudiantes con Necesidades Educativas Especiales (NEE), problemas emocionales o rezago académico, incrementa significativamente el riesgo de deserción y vulnerabilidad social. Por ellos, es indispensable implementar metodologías flexibles, estrategias inclusivas y procesos de acompañamiento pedagógico que permitan al estudiante sentirse valorado y capaz dentro del entorno escolar (UNESCO, 2022).

De igual manera, las actividades extracurriculares representan un importante mecanismo de prevención. El deporte, el arte, la música, el teatro, la lectura y los proyectos tecnológicos permiten fortalecer el sentido de pertenencia, reducir el tiempo de exposición a entornos de riesgo y generar espacios positivos de interacción social. Muchos jóvenes encuentran en estas actividades una alternativa emocional y social frente a contextos marcados por la violencia o el

abandono. La escuela debe convertirse en un lugar donde el estudiante descubra talentos, construya identidad y encuentre oportunidades reales para proyectar su futuro.

La participación familiar también constituye un eje fundamental en la prevención. La relación entre familia y escuela no puede limitarse únicamente a reuniones formales o reportes disciplinarios. Resulta necesario construir procesos permanentes de comunicación, orientación y corresponsabilidad que permitan fortalecer el acompañamiento emocional y académico de los estudiantes. Cuando las familias participan activamente en la vida escolar, los niveles de riesgo social y deserción educativa disminuyen considerablemente.

Además, las instituciones educativas necesitan fortalecer el trabajo interdisciplinario mediante el acompañamiento de profesionales especializados en psicología, trabajo social y orientación educativa. El docente, aunque cumple un papel esencial, no puede enfrentar en soledad problemáticas complejas relacionadas con violencia, trauma, abuso o salud mental. La prevención efectiva requiere redes institucionales sólidas capaces de brindar atención integral y seguimiento continuo a los casos de vulnerabilidad.

Finalmente, prevenir implica también devolver esperanza. Muchos estudiantes viven en contextos donde el futuro parece limitado por la pobreza, la violencia o la exclusión social. La escuela debe convertirse en ese espacio capaz de demostrar que existen alternativas distintas a las sombras que rodean su entorno. Educar no solo consiste en transmitir conocimientos; también significa ofrecer oportunidades, construir vínculos humanos y recordarles a los jóvenes que aún pueden imaginar una vida diferente.

La resiliencia como factor protector del rendimiento académico

Aunque numerosos factores pueden afectar negativamente el desarrollo educativo de niños y adolescentes, no todos los estudiantes expuestos a contextos adversos presentan bajo rendimiento académico o abandono escolar. Esta realidad ha llevado a investigadores de diversas disciplinas a estudiar aquellos elementos que permiten a ciertas personas adaptarse positivamente frente a situaciones de vulnerabilidad. Dentro de estos factores destaca la resiliencia,

entendida como la capacidad de afrontar, superar y transformarse positivamente ante experiencias difíciles o traumáticas (Masten, 2021).

La resiliencia no implica ignorar el sufrimiento ni eliminar las dificultades existentes. Por el contrario, supone desarrollar recursos personales, familiares y sociales que permitan enfrentar las adversidades de manera constructiva. El ámbito educativo, la resiliencia se manifiesta cuando un estudiante logra mantener la motivación por aprender, conservar metas académicas y proyectar expectativas de futuro a pesar de enfrentar problemas económicos, conflictos familiares, violencia comunitaria o exclusión social (Ungar, 2021).

Durante muchos años se pensó que la resiliencia era una característica innata presente únicamente en algunas personas. Sin embargo, las investigaciones actuales demuestran que se trata de una capacidad dinámica que puede fortalecerse mediante experiencias positivas, relaciones significativas y entornos protectores. Esto significa que la escuela posee un enorme potencial para convertirse en un agente promotor de resiliencia, especialmente en estudiantes que viven situaciones de vulnerabilidad (Masten & Barnes, 2018).

Uno de los factores más relevantes en el desarrollo de la resiliencia es la presencia de al menos un adulto significativo que brinde apoyo emocional constante. En muchos casos, el docente se convierte en esa figura de referencia capaz de escuchar, orientar y transmitir confianza. Cuando un estudiante percibe que alguien cree en sus capacidades, aumenta su sentido de autoeficacia y fortalece su capacidad para enfrentar desafíos académicos y personales. Esta relación de apoyo puede marcar una diferencia significativa en la trayectoria educativa de jóvenes expuestos a múltiples factores de riesgo.

La resiliencia también se fortalece mediante el desarrollo de habilidades socioemocionales. La capacidad para reconocer emociones, resolver conflictos, tomar decisiones responsables, controlar impulsos y establecer relaciones saludables contribuye a que los estudiantes enfrenten de mejor manera las dificultades cotidianas. Por ellos, los programas de educación socioemocional han adquirido una creciente relevancia dentro de los sistemas educativos contemporáneos, al considerarse herramientas efectivas para promover bienestar psicológico y éxito académico (CASEL, 2023).

Otro elemento fundamental corresponde al sentido de pertenencia escolar. Los estudiantes que se sienten aceptados, valorados e incluidos dentro de su

comunidad educativa presentan mayores niveles de compromiso académico y menor probabilidad de involucrarse en conductas de riesgo. La escuela puede convertirse en un espacio protector cuando fomenta relaciones positivas, reconoce los logros individuales y genera oportunidades para la participación de todos los estudiantes, independientemente de sus condiciones personales o sociales.

Asimismo, la construcción de expectativas positivas sobre el futuro constituye un componente esencial de la resiliencia. Cuando los estudiantes logran visualizar metas alcanzables relacionadas con su formación académica, profesional y personal, desarrollan una mayor disposición para perseverar frente a los obstáculos. La orientación vocacional, el acompañamiento educativo y la exposición a modelos inspiradores permiten fortalecer esta visión esperanzadora que actúa como motor de superación.

En este contexto, la resiliencia deja de ser una responsabilidad exclusivamente individual para convertirse en una tarea compartida entre familia, escuela y comunidad. Los entornos protectores no eliminan completamente las dificultades, pero proporcionan recursos que permiten enfrentarlas con mayores posibilidades de éxito. Desde esta perspectiva, educar

Implica también fortalecer la capacidad de los estudiantes para levantarse después de las caídas, aprender de las experiencias adversas y construir proyectos de vida significativos.

En definitiva, la resiliencia representa una de las herramientas más valiosas para enfrentar las sombras que afectan el rendimiento académico. Allí donde existen factores de riesgo, también pueden desarrollarse factores de protección. La escuela, al ofrecer apoyo emocional, oportunidades de aprendizaje y relaciones humanas significativas, tiene la posibilidad de convertirse en un escenario donde la adversidad no determine el destino de los estudiantes, sino que se transforme en una oportunidad para crecer, aprender y construir esperanza.

Referencias

Antón Calvo, Arnillas Ramirez, A., Campo Martínez, L., González San Damián, R, & Rubio Valle, A. (2026). Relación entre el abuso de redes sociales y la salud mental en la Generación Z. Vll Encuentro de efermería de salud mental AEESME/Castilla y León.

Arcos Díaz, D. A. (2025). TikTok y su impacto en el comportamiento social y emocional de los adolescentes de tercer año de bachillerato del colegio Gabriela Mistral durante el periodo académico 2024-2025. UNEMI. https://repositorio.unemi.edu.ec/handle/123456789/7668

Area Moreira, M., & Adell Segura, J. (2021). Tecnologías digitales y cambio educativo. Una aproximación crítica. Revista de Educación a Distancia (RED). https://revistas.uam.es/reice/issue/view/reice2021_19_4/678

Badillo,M. Mendoza,X., Barreto,M. y Díaz, A. (2020). Comportamientos sexuales riesgosos y factores asociados entre estudiantes universitarios en Barranquilla, Colombia, 2019. Enferm. glob., 19 (59). Recuperado de: https://dx.doi.org/10.6018/eglobal.412161

Bisquerra, R: (2023). *Educación emocional y bienestar*. Barcelo: Wolters Kluwer.

Carr, N. (2022). The shallows: What the internet is doing to our brains (Edición revisada). W. W. Norton & Company.

Carrillo Vera, M. F. (2025). La influencia del entorno social en el incremento del internamiento institucional de adolescentes infractores por delitos de asociación ilícita en Guayaquil. Universidad Internacional SEK. https://repositorio.uisek.edu.ec/handle/123456789/5135

CASEL. (2023). What is social and emotional learning? Collaborative for Academic, Social and Emotional Learning. https://casel.org/

Defensoría del Pueblo de Ecuador. (2025). Cuestionario sobre derechos del niño y las violaciones de los derechos humanos de los niños en los conflictos armados. chrome-extension://efaidnbmnnnibpcajpcglclefindmkaj/https://www.ohchr.org/sites/default/files/documents/cfi-subm/hrc60-children/subm-child-violations-hr-nhri-53-defensoria-del-pueblo-ecuador.pdf

Delgado Domínguez, C. J., et al. (2020). Inflexibilidad psicológica e impacto clínico: adaptación del cuestionario de Aceptación y Acción II. Revista de Nefrología, 40(2), 160-170. https://doi.org/10.1016/j.nefro.2019.06.008

DNews. (2025). Niños en manos de las mafias: Informe especial de Ecuador. https://www.youtube.com/watch?v=n9AYoeX7fKk

Fad Juventud. (2024, 25 de abril). Glosario para entender cómo hablan los y las jóvenes de la generación Z. Planeta Joven. https://fad.es/planetajoven/glosario-para-entender-como-hablan-los-y-las-jovenes-de-la-generacion-z/

Fundación Panamericana para el Desarrollo (PADF). (2025). Estudio sobre la vinculación de niños, niñas y adolescentes a organizaciones criminales en Ecuador. https://www.padf.org/es/estudio-captacion-nna-ecuador/

García, A. y Mendoza, R. (2024). Análisis de los menores en conflicto con la ley penal en el Ecuador: Intervención temprana y prevención. Universidad San Gregorio de Portoviejo. chrome-extension://efaidnbmnnnibpcajpcglclefindmkaj/http://repositorio.sangregorio.edu.ec/bitstream/123456789/3758/1/AC%20Garc%C3%ADa%20Pati%C3%B10%20%C3%81ngel%20David-Renato%20Alexi%20Mendoza%20Castillo.pdf

García, J., Mendoza, L. y Serna, N. (2020). Efecto de las redes sociales en el embarazo adolescente. https://www.teseopress.com/tecnologiasdelainformacionycomunicacion/chapter/capitulo-vi-efectos-de-las-redes-sociales-en-el-embarazo/?utm_source

Graham, L., y Slee, R. (2005). An exploratory study of the main challenges facing initial education teachers in the inclusion of children with SEN in regular classrooms. *Código Científico Revista de Investigación, 6*(E2), 1412-1446. doi:10.55813/gaea/ccri/v6/nE2/1090

Gutiérrez, Y. (2023). Generación Z: la soledad en la hiperconectividad. MensActiva. https://mensactiva.com/psicologos/generacion-z-la-soledad-en-la-hiperconectividad/

Human Rights Watch. (2024). Investigación sobre los avances de Ecuador en la prevención de la violencia sexual en el país. https://www.hrw.org/es/report/2024/07/24/como-poniendo-parches/ecuador-progresa-lentamente-al-combatir-y-prevenir-la#:~:text=Entre%20diciembre%20de%202022%20y,aquella%20facilitada%20por%20la%20tecnolog%C3%ADa.

Hyder, H., y Ghazi, N. (2025). El impacto de la participación de los padres en el éxito académico de sus hijos. Revista estadounidense de educación y tecnología, 4(1), 62-80. https://doi.org/10.54536/ajet.v4i1.4141

Informe de caracterización del crimen organizado en Ecuador 2025. Observatorio Ecuatoriano de Crimen Organizado (OECO). https://oeco.padf.org/publicaciones/

Instituto Nacional de Estadística y Censos (INEC). (2023). Encuesta Nacional de Empleo, Desempleo y Subempleo (ENEMDU). chrome-extension://efaidnbmnnnibpcajpcglclefindmkaj/https://www.ecuadorencifras.gob.ec/documentos/web-inec/EMPLEO/2023/anual/Boletin_tecnico_anual_enero-diciembre_2023.pdf

International Rescue Committee (IRC). (2024). Análisis de Sensibilidad al Conflicto en Ecuador. https://www.rescue.org/report/analisis-de-sensibilidad-al-conflicto-en-ecuador

Kantova, K. (2024). Participación de los padres y resultados educativos de sus hijos. Economía aplicada, 56(48), 5683-5698. https://doi.org/10.1080/00036846.2024.2314569

León, A., y Mantuano, M. (2023). Deserción Escolar Forzada: La realidad de Niños, Niñas y Adolescentes en Esmeraldas. *Revista Gestión*. https://revistagestion.primicias.ec/analisis-sociedad/desercion-escolar-forzada-la-realidad-de-ninos-ninas-y-adolescentes-en-esmeraldas/

Loor Vera, J. S., Rivera Vásquez, J. I., et al. (2025). Diseño de un modelo integral de prevención del reclutamiento de menores por grupos de delincuencia organizada (GDO) en el cantón Esmeraldas. UASB-Digital. https://repositorio.uasb.edu.ec/handle/10644/10644

Loor-Vera, J., Rivera-Vásquez, J., Espinoza-Santeli, G., y Remache-Gallegos, Á. (2025). Factores que influyen en el ingreso de los menores de edad a los Grupos de Delincuencia Organizada (GDO) en el cantón Esmeraldas, provincia de Esmeraldas Ecuador. Revista Fundamentos, (2). https://doi.org/10.63207/k15w7j52

Marrone, M. (2022). La teoría del apego y algunas aplicaciones clínicas. Revista PsicoRelacional(3), 189-202. https://revistapsirelacional.pt/wp-content/uploads/2022/11/mario-marrone-es.pdf

Martín Romero, B. (2024). Inflexibilidad psicológica y perfil psicopatológico en adictos a sustancias: Diferencias de sexo. Revista de Psicopatología y Psicología Clínica. https://doi.org/10.5944/rppc.37340

Masten, A. S. (2021). Resilience in development and psychopathology; Multisystem perspectives. Development and psychopathology, 33(2), 1-22. DOI: 10.1146/annurev-clinpsy-081219-120307

Masten, A. S. & Barnes, A. J. (2018). Resilience in children: Developmental prespectives. Children, 5(7), 98. DOI: 10.3390/children5070098

Ministerio de Educación. (2023). Estudio sobre la formación docente en Educación Inicial. chrome-extension://efaidnbmnnnibpcajpcglclefindmkaj/https://educacion.gob.ec/wp-content/uploads/downloads/2023/10/MINEDUC-MINEDUC-2023-00066-A.pdf

Ministerio del Interior de Ecuador. (2024). Proyecto de Ley para Prevenir y Erradicar el Reclutamiento de Niñas, Niños y Adolescentes. https://www.ministeriodelinterior.gob.ec/gobierno-nacional-entrega-a-la-asamblea-proyecto-de-ley-para-prevenir-y-erradicar-el-reclutamiento-de-ninas-ninos-y-adolescentes/

Mitchell, J., Bogenschutz, M. y Lilienstein, A. (2021). Terapia asistida con MDMA para el TEPT grave: un estudio de fase 3 aleatorizado, doble ciego y controlado con placebo. Nat Med, 27(1), 1025–1033. https://doi.org/10.1038/s41591-021-01336-3

Montoro, R. (2026, 19 de abril). Los verdaderos problemas que enfrenta la Generación Z con la inteligencia artificial, según la propia IA. Infobae. https://www.infobae.com/tecno/2026/04/19/los-verdaderos-problemas-que-enfrenta-la-generacion-z-con-la-inteligencia-artificial-segun-la-propia-ia/

Naveda, G: (2026, 11 de enero). Comprende y gestiona el talento joven en 2026. ManpowerGroup Ecuador. https://www.manpowergroup.ec/comprende-y-gestiona-el-talento-joven-en-2026/

Observatorio Ecuatoriano de Crimen Organizado (OECO). (2025). Análisis estadístico primer semestre 2025: Boletín semestral sobre homicidios intencionales en Ecuador. chrome-extension://efaidnbmnnnibpcajpcglclefindmkaj/https://oeco.padf.org/wp-

content/uploads/2025/08/Boletin-semestral-de-homicidios-Primer-semestre-de-2025_compressed.pdf

Observatorio Ecuatoriano de Crimen Organizado (OECO). (2025). Estudio sobre vinculación de niños, niñas y adolescentes a organizaciones criminales en Ecuador. https://oeco.padf.org/publicaciones/

Observatorio Ecuatoriano de Crimen Organizado (OECO). (2025). Informe de caracterización del crimen organizado en Ecuador 2025. https://oeco.padf.org/informe-de-caracterizacion-de-crimen-organizado-en-ecuador-2025/

Observatorio Gen Z. (2025). 1° informe: hábitos de consumo de la Generación Z. Universidad Europea & Prodigioso Volcán. https://observatoriogenz.com/

OECD. (2023). Education at glance 2023: OECD Indicators. OECD Publishing.

Organización Internacional del Trabajo (OIT). (1999). Convenio 182 sobre las peores formas de trabajo infantil. chrome-extension://efaidnbmnnnibpcajpcglclefindmkaj/https://www.oas.org/dil/esp/Convenio_182_oit.pdf

Organización Mundial de la salud (OMS). (2022). Informe mundial sobre salud mental: transformar la salud mental para todos. https://www.who.int/es/publications/i/item/9789240050860

Palacios, J., y Coveñas, J. (2019). Predominancia del autoconcepto en estudiantes con conductas antisociales. Propósito y Recomendaciones, 7(2). DOI: 10.20511/pyr2019.v7n2.278

Pérez Méndez, I. J. (2021). Adaptación del Cuestionario de Evitación y Fusión para jóvenes (AFQ-Y) en estudiantes de secundaria de instituciones educativas de Lima Metropolitana. Universidad Nacional Federico Villarreal. https://hdl.handle.net/20.500.13084/5570

Prensky, M. (2001). Digital Natives, Digital Inmigrants Part 1. *Ont he Horizon, 9*(5), 1-6. https://www.emerald.com/oth/article-abstract/9/5/1/317714/Digital-Natives-Digital-Immigrants-Part-1?redirectedFrom=fulltext

Rizo, L., Rizo-Martínez, L., Dueñas-Moreno, L., & Santoyo-Telles, F. (2020). El Síndrome de Estocolmo en Mujeres Mexicanas Víctimas de Violencia de Pareja. Anuario de Psicología Jurídica, 30(1), 55-62. https://doi.org/10.5093/apj2019a16

Romoleroux Herrera, S. E. (2024). Factores de riesgo y desencadenantes en el crimen organizado en adolescentes ecuatorianos. Universidad de las Américas. https://repositorio.udla.edu.ec/handle/33000/16281

Rosa-Alejandro, M. (2026). Hábitos de consumo noticioso de la generación Z. Estudio de caso: estudiantes de Comunicación Social de República Dominicana y Puerto Rico. Anagramas-Rumbos y sentidos de la comunicación-, 24(48). https://revistas.udem.edu.co/index.php/anagramas/es/article/view/4827

Rugel Castillo, D. A. (2025). Factores que influyen en el ingreso de los menores de edad a los Grupos de Delincuencia Organizada (GDO) en el cantón Esmeraldas. Revista Fundamentos. https://portal.amelica.org/ameli/journal/966/9665479001/

Secretaría de Gobernación de México. (2024). Mecanismo estratégico del reclutamiento y utilización de NNA por grupos delictivos y la delincuencia organizada. chrome-extension://efaidnbmnnnibpcajpcglclefindmkaj/https://estrategiasddhh.segob.gob.mx/work/models/EstrategiasDDHH/Documentos/pdf/GruposRiesgo/Mecanismo_Estrategico_del_Reclutamiento_y_Utilizacion_de_NNA.pdf

Silva-Pallo, B. A., y Zúñiga-Orozco, J. A. (2025). Estudio multidimensional sobre criminalización precoz en el sistema penal ecuatoriano y consecuencias sociales. Uniandes.

Steinberg, L. (2010). A dual systems model of adolescent risk-taking. Developmental Psychobiology. https://doi.org/10.1002/dev.20445

Suárez Vélez, H. D., y Jama Zambrano, V. R. (2015). Contexto sociofamiliar de adolescentes ecuatorianos perpetradores de actividades delictivas.MEDISAN, 19(6). http://scielo.sld.cu/scielo.php?script=sci_abstract&pid=S1029-30192015000600007

Tejani, H. (2021). El cerebro desnutrido. Dietetically Speaking. https://dieteticallyspeaking.com/the-malnourished-brain/

Toldos, M.P. (2025, 6 de febrero). ¿Qué define a la generación Z? Esto opinan algunos jóvenes que la integran. Tecnológico de Monterrey/ El Sol de México. https://investigacionnegocios.tec.mx/es/prensa/define-gen-z

Twenge, J. M. (2018). ¡Gen_ Why Today¨s super-connected kids are growing up les rebellious, more tolerant, les happy-and completely unprepared for adulthood. Atria Books. chrome-extension://efaidnbmnnnibpcajpcglclefindmkaj/https://scispace.com/pdf/igen-why-today-s-super-connected-kids-are-growing-up-less-1bu4wq3g3g.pdf

UNESCO, (2022). Reimaginar juntos nuestros futuros: un nuevo contrato social para la educación. París UNESCO.

UNESCO. (2023). Informe de seguimiento de la educación en el mundo, 2023: La tecnología en la educación: ¿una herramienta en los términos de quién? https://unesdoc.unesco.org/ark:/48223/pf0000388894

Ungar, M. (2021). Resiliencia multisistemática: adaptación y tranformación en contextos de cambio (Nueva York, 2021, edición en línea, Oxford Acadeic Academic. https://doi.org/10.1093/oso/9780190095888.001.0001

UNICEF. (2023). Análisis de la situación de niños, niñas y adolescentes del Ecuador. chrome-extension://efaidnbmnnnibpcajpcglclefindmkaj/https://infanciaecuador.org/wp-content/uploads/2024/12/SITAN_Ecuador2023.pdf

UNICEF. (2025). Aproximación al reclutamiento de niños, niñas y adolescentes en Ecuador. https://www.unicef.org/ecuador/media/13246/file/Ecuador%20Aproximaci%C3%B3n%20al%20reclutamiento%20de%20ni%C3%B1os,%20ni%C3%B1as%20y%20adolescentes.pdf

UNICEF. (2025). Aproximación al reclutamiento de niños, niñas y adolescentes en Ecuador. https://www.unicef.org/ecuador/media/13246/file/Ecuador%20Aproximaci%C3%B3n%20al%20reclutamiento%20de%20ni%C3%B1os,%20ni%C3%B1as%20y%20adolescentes.pdf

UNICEF. (2025). Situación de la niñez y adolescencia en contextos de violencia y exclusión en América Latina. UNICEF Regional Office.

Unidad Educativa Prócer Manuel Quiroga (UEPMQ). (2022). Informe de rezago escolar y deserción postpandemia.

Universidad Indoamericana. (2024). ¿Cómo las horas de sueño afectan el rendimiento académico? https://blog.indoamerica.edu.ec/vida-saludable/como-las-horas-de-sueno-afectan-el-rendimiento-academico/

Vega, L. (2017). La doble victimización de adolescentes en conflicto con la norma legal. La Habana, 283. http://scielo.sld.cu/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0253-92762017000100009

Vega-Zambrano, M. J., y López-Bermeo, L. J. (2025). Inclusión de Niños con Necesidades Educativas Específicas en Aulas Regulares: Desafíos y Formación Docente en Educación Inicial. Código Científico Revista de Investigación, 6(E2), 1412-1446. https://doi.org/10.55813/gaea/ccri/v6/nE2/1090

Vera Sánchez, L. J., y Alay Giler, A. (2021). El maltrato en la familia como factor de riesgo de conducta antisocial en adolescentes. ReHuSo, 6(1), 23-40. https://doi.org/10.5281/zenodo.5512717

Verduga Verduga, D. L., et al. (2024). El rezago escolar postpandemia COVID 19, como elemento inhibidor del rendimiento académico. Ciencia Latina Revista Científica Multidisciplinar, 8(4), 10280-10291. https://doi.org/10.37811/cl_rcm.v8i4.13168

Verduga Verduga, D. L., et al. (2024). Incidencia del maltrato estudiantil (por parte de los docentes) en el rendimiento académico. Ciencia Latina Revista Científica Multidisciplinar, 8(6), 7536-7550. https://doi.org/10.37811/cl_rcm.v8i6.15449

Verduga Verduga, D. L., et al. (2025). Consecuencias académicas del abuso sexual intrafamiliar en estudiantes adolescentes de Santo Domingo de los Tsáchilas. Ciencia Latina Revista Científica Multidisciplinar, 9(4), 7894-7914. https://doi.org/10.37811/cl_rcm.v9i4.19378

Verduga, D., Ramírez, M., Medranda, M., Medranda, Y., Medranda, S., Alvarado, H., López, D., Zambrano, G., Yaule, R., Yanza, S., Robles, R. y Solórzano, H. (2025). Impacto del ausentismo parental en el rendimiento académico de los estudiantes de educación básica. Ciencia Latina, 9(2). DOI**:** https://doi.org/10.37811/cl_rcm.v9i2.17381

Verduga, D., Rosales, D., Palacios, J., Zambrano, A., Medranda, M., Hernández, Y., Cadena, A., Chavarría, D., Medranda, Y., Medranda, S. (2025). Actividad

sexual precoz en adolescentes y su repercusión en el rendimiento académico. *Ciencia Latina, 9*(1). DOI: https://doi.org/10.37811/cl_rcm.v9i1.16653

Verduga, D., Rosales, N., Jiménez, R., Mora, F., Cortez, I., Alvarado, A., Moreno, G. Obando, M., Gonzaga, S. y Macías, M. (2025). Desnutrición y Malnutrición en los estudiantes y su Repercusión en el Rendimiento Académico. *Ciencia Latina,* *9*(2). https://ciencialatina.org/index.php/cienciala/article/view/17177

Verduga, D., Zambrano, A., Vera, I., Zambrano, P., Aray, G. y Yaule, R. (2024). El rezago escolar postpandemia COVID-19, como elemento inhibidor del rendimiento académico. *Ciencia Latina,* *8*(4). DOI: https://doi.org/10.37811/cl_rcm.v8i4.13168

Vicuña-Pozo, V. A., Silva-Pallo, B. A., y Zúñiga-Orozco, J. A. (2025). Estudio multidimensional sobre criminalización precoz en el sistema penal ecuatoriano y consecuencias sociales. Uniandes. DOI**:** https://doi.org/10.62574/9qpzs779

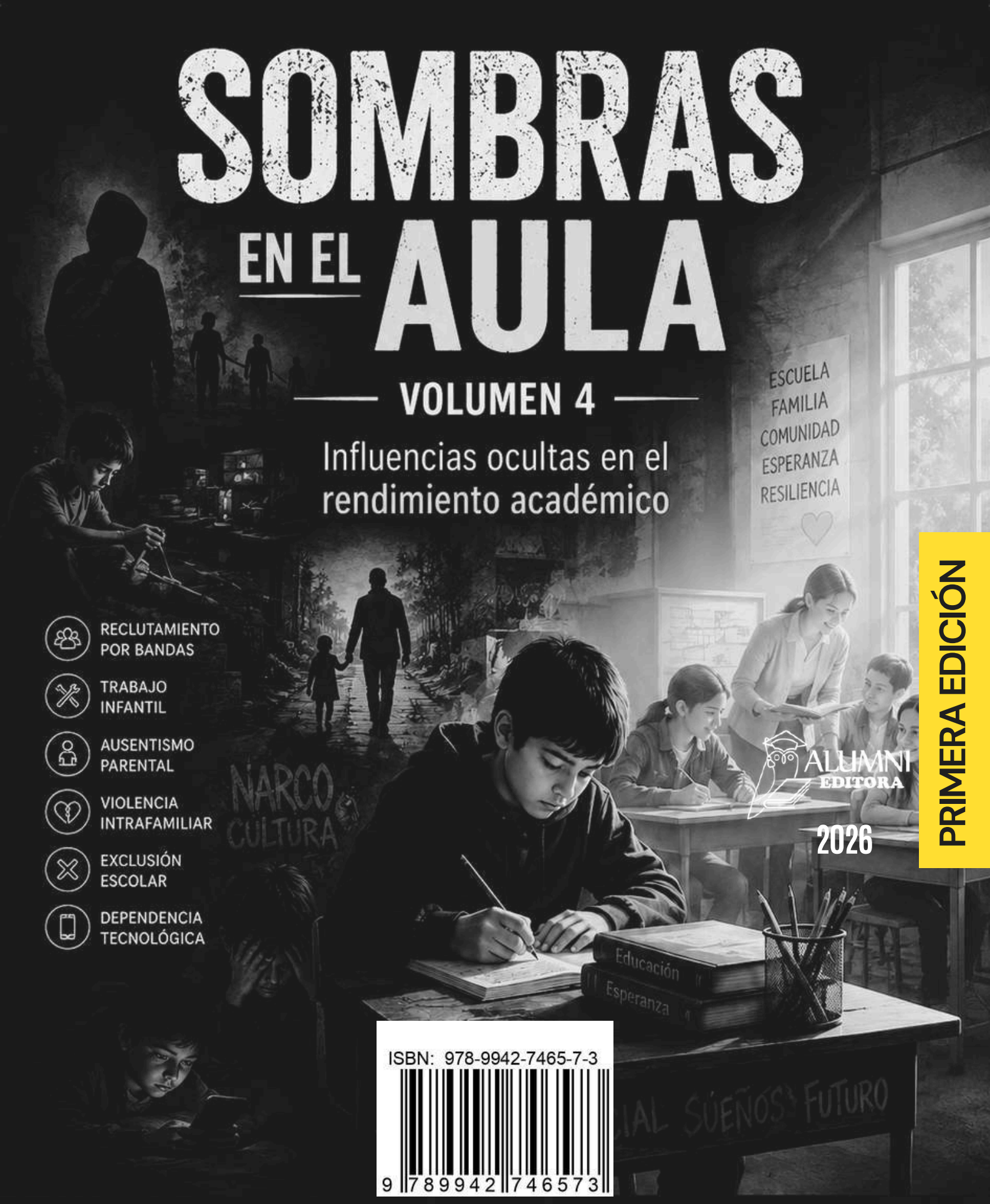
Vicuña-Pozo, V. E., Silva-Pallo, B. A., y Zúñiga-Orozco, J. A. (2025). Criminalización precoz en el sistema penal ecuatoriano. Revista Verdad y Derecho.

Yánez Blum, S. (2026). Narcoinfluencers y narcocultura digital: cuando el algoritmo decide el "tema país". El Universo. https://www.eluniverso.com/noticias/informes/narcoinfluencers-y-narcocultura-digital-cuando-el-algoritmo-decide-el-tema-pais-nota/

SOMBRAS EN EL AULA

VOLUMEN 4

Influencias ocultas en el rendimiento académico



- RECLUTAMIENTO POR BANDAS
- TRABAJO INFANTIL
- AUSENTISMO PARENTAL
- VIOLENCIA INTRAFAMILIAR
- EXCLUSIÓN ESCOLAR
- DEPENDENCIA TECNOLÓGICA

ALUMNI EDITORA

2026

PRIMERA EDICIÓN

ISBN: 978-9942-7465-7-3

COMPRENDER PARA ACOMPAÑAR, ACOMPAÑAR PARA TRANSFORMAR

ENFOQUE HUMANISTA | SALUD MENTAL Y EMOCIONAL | ESCUELA, FAMILIA Y COMUNIDAD | RESILIENCIA Y ESPERANZA